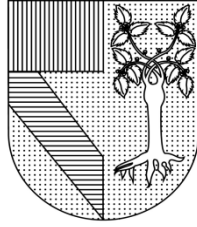


**UNIVERSIDAD PANAMERICANA**

***FACULTAD DE FILOSOFÍA***

**CON ESTUDIOS INCORPORADOS A LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA**

**Acuerdo número 974179**



**“Las exigencias de la donación recíproca en *Amor*  
y *Responsabilidad* de Karol Wojtyla”**

**TESIS**

**Que para obtener el grado de  
MAESTRA EN HISTORIA DEL PENSAMIENTO**

**Presenta:**

**LUZ MARÍA ALVAREZ VILLALOBOS**

**Director de Tesis: DR. HÉCTOR VELÁZQUEZ FERNÁNDEZ**

**México, D.F. 2010**

## **DEDICATORIA**

A mi papá y a mi mamá que estoy segura que se alegraría enormemente de ver terminado este trabajo y de quien tanto he aprendido.

A mis hermanos.

A nuestras cinco hijas: Luzma, Jo, Inés, Fer y Natalia. A Pedro con quien descubrí que la realidad confirma la teoría. A todos ellos, no sólo por su apoyo, sino porque ellos son el sentido de mi vida. Gracias todo a Dios.

A José, Anita, Ceci, Carlos Alejandro y amigos.

A mis alumnos.

A Juan Pablo II y Benedicto XVI.

## **AGRADECIMIENTOS**

A lo largo de mi vida, escuché a mi madre repetir insistentemente que “es de bien nacidos ser agradecidos”. Con sus acciones sigue manifestando, aún sin saberlo, que el agradecimiento adquiere todo su sentido cuando nace del corazón. Eso es lo que deseo expresar aquí con palabras y, en los años que me quedan, con obras.

Agradezco de corazón:

A las autoridades de la Universidad Panamericana —Campus Guadalajara y México— por apoyarnos en la realización de los estudios de la Maestría en Historia del Pensamiento. A quienes siguieron el desarrollo del programa en lo administrativo y académico: en especial Alberto y Gaby, a quien además le agradezco el invaluable tesoro que me obsequió: las obras completas de Karol Wojtyła.

A Vicente de Haro e Inés Guardia les estoy especialmente agradecida por sus comentarios, críticas, sugerencias y diálogo sobre este trabajo pero también durante el programa, que convirtieron en un verdadero gozo.

A Héctor Velázquez quien amablemente me dirigió a lo largo del camino.

## ÍNDICE

Dedicatoria.....	2
Agradecimientos .....	3
Índice .....	4
Introducción.....	6
I Las premisas de la donación recíproca.....	12
1 <i>Amor y Responsabilidad</i> .....	12
2 La distinción entre objeto y sujeto.....	14
3 La persona y el bien .....	19
4 La norma personalista .....	22
5 El placer.....	27
6 La tendencia sexual.....	31
7 El amor de benevolencia .....	36
8 El <i>telos</i> de la libertad .....	42
II Las exigencias de la donación recíproca .....	44
1 La libertad: el punto de partida .....	45
2 La exclusividad .....	46
3 La totalidad .....	49
4 La incondicionalidad .....	52
5 La indisolubilidad .....	53
III. La trascendencia de la donación recíproca .....	55
1 La fecundidad: efecto de la donación recíproca .....	59
2 La plenitud: <i>Communio personarum</i> .....	61
Consideraciones Finales .....	63
Bibliografía .....	65



## INTRODUCCIÓN

La idea del matrimonio en occidente se encuentra profundamente marcada por el cristianismo. Sin embargo, el siglo XXI se encuentra lejos de la fe y nos enfrenta con serios cuestionamientos, prejuicios y propuestas acerca del matrimonio y de la familia, se argumenta que las ideas anteriores eran simplemente producto de las creencias religiosas y que además deben mantenerse en un ámbito estrictamente personal. ¿Son el resultado de creencias particulares o más bien son exigencias que se desprenden de la verdad de lo que es el hombre? Esta es la pregunta inicial y columna vertebral del presente trabajo y la razón por la que la donación recíproca se presenta como un tema ineludible.

La donación recíproca está tejida con una variedad de hilos tan extensa que hay que entretejer, deshilar y volver a tejer, para poder comprender las múltiples complejidades que conlleva el don mutuo: la diferencia entre el sujeto y el objeto, el hombre y los modos de serlo -varón y mujer-, la sexualidad humana, el placer, el bien y el amor.

Es conveniente que advertir que se dejarán fuera algunos temas a lo largo del camino. Unos de ellos merecerían especial atención y quizás podrían ser objeto de futuros trabajos. El primero es sobre los dos modos de ser persona: el varón y la mujer, que se ha prestado a muchas elucubraciones principalmente en las últimas décadas, interpela directamente a la antropología filosófica. La sociología, la neurología, la psicología y la psiquiatría entre otras, han intentado dar respuesta a las incógnitas acerca de las diferencias y similitudes entre el varón y la mujer, pero no es suficiente. Hace falta una respuesta desde la filosofía que llegue a fondo y logre integrar estos saberes. Otro de los temas que dejaremos fuera, pero que exige reflexionar desde la filosofía, es la homosexualidad ¿es esto una anomalía o simplemente es una decisión libre y por lo tanto inobjetable? ¿Posibilita la plenitud del ser personal? Un tema más que simplemente hemos mencionado pero que reclama nuestra atención es el vestido y la desnudez ¿vestir el cuerpo responde solamente al clima o a la cultura o es una necesidad que responde a una exigencia de la verdad de lo que es la persona?

El diálogo con mi esposo y mis hijas, sus novios y amigos, mis alumnos y conocidos en torno al tema, han ido dando forma a mis propias reflexiones. Las preguntas de los jóvenes acerca del tema han sido también un factor importante para la realización del presente trabajo, pero mucho más la mirada esperanzadora cuando escuchan que hoy todavía es posible la donación mutua: aspirar a la plenitud y la felicidad.

La carismática personalidad debida al innegable liderazgo tanto político como moral de Juan Pablo II (Wadowice, Polonia 1920-Roma, Italia 2005), eclipsa con frecuencia el pensamiento fresco y a la vez maduro, complejo y profundo de Karol Josef Wojtyla. La razón en parte, es porque al ser elegido Papa, el 16 de octubre de 1978, Juan Pablo II renunció a continuar su trabajo como filósofo para afrontar sus nuevas responsabilidades al frente de la Iglesia católica.

Karol Wojtyla nació el 18 de mayo de 1920 en Polonia. Un país enclavado entre oriente y occidente, atenazado primero por el régimen nazi y después por el marxismo, durante cuarenta y cuatro años, a causa de una capitalista negociación entre los países victoriosos de la Segunda Guerra Mundial. Polonia fue el único país que perdió dos veces en la misma guerra<sup>1</sup> y que sufrió bajo dos de los totalitarismos más atroces del siglo XX<sup>2</sup>. Una nación con una identidad propia y una vasta cultura, fue víctima y testigo de uno de los más horribles crímenes que se han perpetrado en la historia de la humanidad: el Holocausto nazi. Es de sobra conocido que los judíos estaban destinados por el régimen nazi a su exterminio total. Sin embargo, trescientos mil de ellos eran ciudadanos polacos y otros tantos eran polacos no judíos que perecieron a manos de las SS, simplemente por ser vecinos de la Alemania nazi, que ambicionaba sus tierras y, junto con ellas, todas sus riquezas<sup>3</sup>. Una prueba de ello es que el campo

---

1 Cfr. *Testigo de esperanza...*, pp. 75-76 y 116.

2 Cfr. *El pensamiento...*, p. 29.

3 El 2 de octubre de 1940, Hitler afirmó: "Es necesario asesinar a todos los representantes de la inteligencia polaca. [...] Todos los profesionales de procedencia polaca serán aprovechados en nuestra industria de guerra. Y luego todos los polacos desaparecerán del mundo". Citado en Swiebocki, Teresa y Henryk, *Auschwitz – Residencia de la muerte*, Ed. Bialy Kruk, 4a edición, Cracovia / Oswiecim 2007, p. 7-8 y 24, citado a su vez de *Deutsche politik in Polen 1939-1945. Aus dem Diensttagebuch von Hans Frank, Generalgouverner in Polen*, Geiss, Immanuel, Ed. Wolfgang Jacobmeyer, Opladen 1980, p. 14-15.

de exterminio Oswiecim<sup>4</sup> fue construido expresamente para deshacerse de los intelectuales polacos, con el propósito de acabar con la cultura de todo un pueblo<sup>5</sup>.

La necesidad de preservar la identidad nacional polaca que querían arrebatárles, primero los nazis y luego los comunistas, llevó a Wojtyla a tomarse en serio su preparación intelectual<sup>6</sup>. Las armas para defenderse ante el agresor no fueron fusiles ni cañones sino libros, diálogo e ideas. Más tarde, a lo largo de su ministerio sacerdotal bajo el régimen comunista, el padre Karol aprendió a trabajar cautelosa pero eficazmente. Sin confrontaciones directas, predicaba justamente lo contrario de lo que el régimen deseaba: borrar a la persona. De la misma manera se refuerza el amor a su patria, que no es gratuito: su nación es un semillero de verdaderos héroes. Los nombres de las calles y avenidas de todo el país recuerdan a sus habitantes en cada esquina la honradez, la valentía, la integridad, la creatividad y la belleza que cada uno de esos hombres y mujeres sembraron en ese gran pueblo que dejó una marca indeleble en Karol Wojtyla y que Juan Pablo II recuerda en *Memoria e identidad*. A diferencia de la obsesión de sus vecinos por la raza aria, el generoso y discreto pueblo polaco aprecia los verdaderos valores de quienes forjaron un pueblo, una nación y una cultura que se negó a ser exterminada del mundo.

---

4 El nombre del pueblo fue cambiado por los alemanes por el de Auschwitz. Se encuentra a escasos 65 kilómetros de Cracovia, la capital cultural de Polonia. Este campo de exterminio, ya no de concentración, se convirtió en el modelo de los siguientes campos regados por Europa. En este pequeño lugar perecieron alrededor de un millón y medio de personas traídas de toda Europa, entre ellos un tercio del numeroso clero polaco (Cfr. *Testigo de esperanza...*, p. 85). Debido a la eficacia de sus procesos en la eliminación sistemática de todos aquellos que no fueran de sangre aria, los mismos prisioneros del pequeño campo fueron obligados a construir Auschwitz II -o Birkenau- a menos de tres kilómetros de Oswiecim en otra población llamada Brzezinka. Este se convirtió en el mayor campo de todo el sistema nazi, un campo cincuenta veces más grande que Auschwitz I.

5 Aunque al final, en el campo perecieron también miles de personas de otros países entre los que se encontraban ingleses, franceses, alemanes, húngaros, checos, daneses, griegos, búlgaros, rusos, españoles, noruegos, italianos y rumanos, así como de distintas etnias: serbocroatas, gitanos, romaníes y flamencos.

6 Para el tardío inicio del segundo curso del joven Wojtyla en la Universidad Jagellónica, el 6 de noviembre de 1939 se citó a los profesores y personal académico para una conferencia. 184 profesores, entre ellos 18 ex rectores y más de 50 decanos, fueron detenidos y llevados presos al campo de concentración de Sachsenhausen donde muchos de ellos murieron (Cfr. *Testigo de esperanza...*, p. 87 y *Auschwitz – Residencia de la muerte*, p. 8.).

Antes como ahora, es de sobra conocido el conflicto entre tomistas y fenomenólogos que reclaman a Karol Wojtyła como deudor de Tomás de Aquino<sup>7</sup>, Edmund Husserl<sup>8</sup> o Max Scheler<sup>9</sup>. Frecuentemente le atribuyen adjetivos tanto de tomista como de kantiano. Lo anterior tiene mucho de cierto. Wojtyła conocía bien la tradición de la escolástica. No descarta de un plumazo lo que ya han dicho otros, pero tampoco se conforma con ello. Intenta ir más allá: recuperar la tradición y aprovechar también las aportaciones y cuestionamientos valiosos y pertinentes de la filosofía moderna y contemporánea. Como discípulo del Aquinate, recoge la verdad *venga de donde venga* porque hace suya la convicción de que era posible “llegar a la verdad de las cosas tal como son”<sup>10</sup>. No se detiene a entrar en discusiones con uno y con otro, sino que aprehende ideas de aquí y de allá, que confronta continuamente con la realidad<sup>11</sup>. Recurre a Kant y toma de su pensamiento el más importante imperativo práctico y lo hace suyo, rebautizándolo como la norma personalista que se ajusta perfectamente con el mandamiento evangélico del amor. Dialoga con Scheler sobre los valores y gracias a él se convierte en un acérrimo defensor de la persona<sup>12</sup>. Aprende de Husserl el método

---

7 El encuentro de Wojtyła con el Aquinate en el *Angelicvm*, se dio bajo la tutela de su director de tesis, el neoescolástico Réginald Garrigou-Lagrange. La tesis doctoral, defendida en junio de 1948, versaba sobre San Juan de la Cruz. Ya por entonces comenzaba a vislumbrarse el interés de Wojtyła por la experiencia. Mientras que el polaco descubría la naturaleza personal en la experiencia mística, como un encuentro personal con Dios, su director trataba de articular la teología especulativa del santo español con la de Tomás de Aquino. Lo que ocasionaba álgidas discusiones entre ambos. Cfr. Weigel, George, *Testigo de esperanza*, trad. en castellano Patricia Antón, Jofre Homedes y Elvira Heredia, Plaza y Janés Editores, Barcelona 1999, p. 127. En adelante: *Testigo de esperanza...*

8 A quien conoce a través del estudio de Scheler.

9 El tema de su segunda tesis doctoral para la habilitación como profesor, que consiguió en enero de 1954 fue precisamente *Max Scheler y la ética cristiana*, trad. cast. Haya, G., BAC, Madrid 1982. [*Valutazioni sulla possibilità di costruire l'etica cristiana sulle basi del sistema di Max Scheler*, en *Metafisica della persona, Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, al cuidado de Reale, G. y Styczen, T., Librería Editrice Vaticana, Bompiani, Milán 2005, p. 473. En la versión original en polaco *Ocena mozliwosci zbudowania etyc chrzescijanskiej przy zalozeniach systema Maksa Schelera*, TNKUL, Lublín 1959.]

10 *Testigo de esperanza...*, p. 184.

11 Posiblemente el influjo más importante del Doctor Angélico en Karol Wojtyła es el deseo de servirse de la filosofía para comprender el mensaje evangélico y hacer más asequible a la razón la doctrina cristiana.

12 Las discusiones con su director de tesis en el *Angelicvm* nos muestran la profunda asimilación de Karol Wojtyła tanto de la filosofía clásica como de la moderna. Sobre este tema, véase *Testigo de esperanza*, pp. 180-186; Buttiglione, Rocco, *El pensamiento de Karol Wojtyła*, Ediciones Encuentro, Madrid 1992, pp. 69-101. En adelante: *El pensamiento...*; Guerra, Rodrigo, *Volver a la persona*, Caparrós Editores, Madrid 2002, pp. 114-141. En adelante: *Volver a la persona*.

fenomenológico y vuelve una y otra vez a la persona en su totalidad sin dejar de ver nunca la singularidad de lo que cada uno es.

La novedad de Wojtyla es el saber sintetizar todo ese conocimiento e integrar realidades de sentido común usando el método fenomenológico para llegar a la verdad de la persona tal como es. Sus rigurosos análisis no fragmentan a la persona, sino que integran todos los datos tal como sucede en la experiencia real. No se satisface con la verdad teórica preestablecida, sino con aquella verdad que puede soportar todo análisis: la experiencia de la propia persona.

Karol Wojtyla tiene un método peculiar de abordar las cuestiones. Comienza con lo más simple para ir acercándose al núcleo y profundizar. No piensa en forma lineal: Wojtyla se acerca a los problemas de manera circular o más bien espiral. Plantea un problema, después lo analiza desde varios puntos de vista y regresa para asegurarse de que se va aclarando. Vuelve a hacer otro análisis desde un ángulo distinto sin forzar nunca una conclusión hasta no haberlo examinado desde todos los puntos de vista posibles<sup>13</sup>.

Juan Pablo II murió en Roma el 2 de abril de 2005.

*Amor y Responsabilidad* posee los elementos para fundamentar con rigor las exigencias propias del amor en el caso de la donación recíproca de las personas, a pesar de tener un enfoque pastoral y de ser una de las primeras obras de Karol Wojtyla. ¿Es posible que de la reflexión sobre la experiencia pastoral puedan deducirse las exigencias que conlleva la donación recíproca, por lo demás, posible sólo entre personas? En el trabajo, intentaremos exponer cómo *Amor y Responsabilidad* contiene los elementos fundamentales para demostrar que la donación recíproca de las personas comporta unas exigencias incontrovertibles y radicales, inalienables e irrenunciables, que hacen posible la plenitud del amor humano entre un hombre y una mujer y que es la única vía adecuada de entrega recíproca entre las personas. Se

---

13 Cfr. *Testigo de esperanza...*, p.1174. El autor dice que, cuando le describió a Juan Pablo II su modo de hacer filosofía, el Papa estuvo de acuerdo en que era una descripción razonable de la forma en que funcionaba su mente filosófica.

estudia el cuerpo del texto de manera literal para después esquematizar su postura al respecto y dilucidar la respuesta.

En la primera parte se sentarán las bases sobre las que Karol Wojtyla se apoya en *Amor y Responsabilidad*: la distinción entre objeto y sujeto, la norma personalista, la tendencia sexual, la diferencia entre amor de concupiscencia y de benevolencia. El objetivo de este capítulo es señalar y profundizar en los antecedentes y en las premisas mismas. El hilo argumentativo que se seguirá, será muy similar al de nuestro autor en la primera parte de *Amor y Responsabilidad*. El punto medular de este apartado es la norma personalista que hunde sus raíces en la verdad acerca de lo que el hombre es; por esta razón, trataremos de analizar el alcance que tiene no sólo en el amor entre un hombre y una mujer, sino siempre que el hombre tiene ante sí a otra persona.

El segundo capítulo ahondará en las exigencias intrínsecas que conlleva la donación de la propia persona: la posibilidad de autodeterminarse a través de la entrega exclusiva, total, incondicional e indisoluble, a partir de la norma personalista.

En el tercer capítulo se considerarán dos exigencias que, al mismo tiempo, son consecuencia de la donación recíproca y son, también, lo único que puede dar sentido a la vida humana porque el hombre está llamado a alcanzar la plenitud.

En la última parte se encuentran las consideraciones finales a modo de conclusión.

## **I LAS PREMISAS DE LA DONACIÓN RECÍPROCA**

¿Es posible crear un concepto de amor y matrimonio al gusto, que pueda obedecer a la cultura y la época? ¿No será más bien que el amor, que siempre involucra a dos personas, posee sus propias reglas y exigencias que el ser humano ignora -o intenta ignorar- y el resultado es el creciente número de divorcios en todos y cada uno de los rincones del mundo? El principio utilitarista ha penetrado la cultura hasta sus raíces reduce el amor a un simple acuerdo de dos voluntades para conseguir, como reza el principio, el máximo de placer y el mínimo de dolor. ¿Podrá explicarse el amor de otra manera? ¿Será realmente otra cosa?

La condición de ser personas, aunada a la entrega del bien máspreciado que puede otorgar una persona, impone una serie de exigencias a la donación recíproca que Karol Wojtyla desarrolla reflexionando en torno a la experiencia. El autor vislumbra que esta donación mutua no puede estar condicionada por el tiempo que cada uno o ambos decidan, ni por la medida de la entrega del otro. La donación recíproca no pone en riesgo la pérdida de la propia identidad sino que enriquece de tal manera a ambos, que los lleva a la autorrealización o plenitud; y el único camino para conseguirlo es conformar esa donación con las exigencias que le son propias.

### **1 AMOR Y RESPONSABILIDAD**

El joven Karol, que sufrió el desprecio del hombre por el hombre mismo en la Segunda Guerra Mundial, no tiene miedo de acercarse y preguntarse por el hombre. Este parece ser el motivo por el que, en sus reflexiones, vuelva a la persona una y otra vez desde sí misma. En su labor pastoral se interesa por los problemas cotidianos y se encuentra con la urgencia de pensar acerca del amor y lo hace con valentía.

Una de las mayores paradojas acerca del pensamiento de Karol Wojtyla es su agudeza al reflexionar sobre el amor entre el hombre y la mujer, habiendo quedado huérfano de madre a los ocho años, sin su único hermano cuando tenía doce y sin su padre apenas a los veinte, queda sólo en el mundo. La extrañeza es mayor cuando recordamos que a los veintidós años decide consagrar por completo su vida al servicio de Dios. Un

hombre célibe que toca las fibras más íntimas de la más entrañable y compleja de las relaciones humanas. Un sacerdote de un país comunista que habla del amor y la sexualidad en la vida conyugal, pero también del placer, la técnica y la cualidad en las relaciones sexuales, parece insólito.

El servicio a Dios lo lleva a servir a los jóvenes universitarios que buscaban su consejo y le hacían confidencias y preguntas sobre el noviazgo, el matrimonio y la familia. El amor a Dios, a través de las preguntas de los jóvenes, lo acerca al amor humano<sup>14</sup>. En sus propias palabras, fue fruto de una necesidad y una experiencia<sup>15</sup>. El tono positivo y audaz con que aborda el complejo tema de la sexualidad humana en *Amor y Responsabilidad* estimula a cualquier lector. La primera edición en italiano llevaba el subtítulo "Moral sexual y vida interpersonal". En el primer capítulo subraya: "Esta obra trata de la moral sexual"<sup>16</sup>. Su intención era reflexionar y encontrar los fundamentos morales acerca de la sexualidad conyugal, sin embargo, las argumentaciones tienen también una hondura metafísica y antropológica. Estas se complementan y se integran en una única realidad que es la persona.

Conviene insistir que *Amor y Responsabilidad* fue el resultado de la preocupación del entonces sacerdote por reflexionar acerca del matrimonio, sin pretensiones académicas formales, sino más bien pastorales y con un enfoque moral. Es por esto por aunque cita a los autores, la obra carece casi por completo de citas a pie de página. Aún así, el contenido de esta obra es profunda y seria reflexión metafísica de la persona. Comencemos pues en el mismo orden que lo hace el autor.

---

14 Cfr. Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, trad. al castellano Pedro Antonio Urbina, Plaza y Janés, México 1994, pp. 130 y 198-200. En adelante: *Cruzando el umbral*.

15 Cfr. *Cruzando el umbral...*, p. 198.

16 Wojtyła, Karol, *Amore e responsabilità. Morale sessuale e vita interpersonale* en *Metafisica della persona, Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, al cuidado de Reale, G. y Styczen, T., Libreria Editrice Vaticana, Bompiani, Milán 2005, p. 473. Todas las citas de *Amor y Responsabilidad*, en adelante se referirán a la edición italiana de las obras completas como *Metafisica della persona...*, salvo que se indique lo contrario. La cita textual dice: "In quest'opera che tratta della morale sessuale".

## 2 LA DISTINCIÓN ENTRE OBJETO Y SUJETO<sup>17</sup>

Karol Wojtyła decidió fijar claramente y desde el inicio cuál era su posición con respecto a las múltiples escuelas y corrientes filosóficas sin detenerse en discusiones infructuosas. Parece ser ésta la razón por la que *Amor y Responsabilidad* comienza así:

El mundo en que vivimos se compone de gran número de objetos. 'Objeto' es aquí sinónimo de 'ser'. El significado, con todo, no es exactamente el mismo, porque, propiamente hablando, 'objeto' designa lo que queda en relación con un sujeto. Pero el sujeto es igualmente un ser, ser que existe y que actúa de una manera o de otra. Puede, por tanto, decirse que el mundo en que vivimos se compone de un gran número de sujetos. Incluso estaría mejor hablar de sujetos que de objetos. [...] El hombre es objetivamente 'alguien' y en ello reside lo que le distingue de los otros seres del mundo visible, los cuales, objetivamente, son siempre solo 'algo'<sup>18</sup>.

Esta cita ofrece la posibilidad de ver que el autor reconoce tanto la objetividad del conocimiento aristotélico tomista, como la aportación de la filosofía moderna de la subjetividad. Se suscribe dentro de la filosofía realista y deja la puerta abierta a la aportación de la llamada filosofía de la conciencia: en unos cuantos párrafos, integra la interminable discusión entre el objetivismo y el subjetivismo sin entrar en ninguna controversia<sup>19</sup>.

La filosofía de la sustancia o del ser es llamada así porque Aristóteles aseguraba que el ente es lo primero que causa asombro a la razón y sólo las sustancias pueden serlo. Por lo que sólo puede ser llamado así todo aquello que a) no es inherente a otra cosa, que no se predica de otro, b) aquel ente que puede existir separado de lo demás, o sea, que es autónomo, en sí y para sí mismo, c) lo que es algo determinado y no lo que es

---

17 Un análisis más a fondo sobre este tema puede encontrarse en *El pensamiento...*

18 *Metafisica della persona...*, pp. 469-470. La cita original dice: "Il mondo in cui viviamo si compone di un gran numero di oggetti. "Oggetto" è qui quasi sinónimo di "essere". Questo non è tuttavia il suo significato esatto perché, propriamente parlando, "oggetto" denota ciò che in rapporto con un soggetto. Ora il soggetto è anche un essere, essere che esiste e agisce in un modo o nell'altro. Si può dunque dire che il mondo in cui viviamo si compone di un gran numero di soggetti. Sarebbe bene addirittura parlare di soggetti prima di parlare di oggetti. [...] L'uomo è oggettivamente "qualcuno" ed in questo consiste ciò che lo distingue dagli esseri del mondo visibile che, dal canto loro, oggettivamente sono sempre solo "qualche cosa"".

19 Cfr. *El pensamiento...*, pp. 103-114.

un atributo universal, d) la unidad intrínseca y no un agregado de partes sin orden unitario, e) el acto y la actualidad, esto es, no lo que simplemente está en potencia pero no en acto<sup>20</sup>. Wojtyla tomará nota de estas observaciones del Estagirita para afirmar que la persona, *cada persona*, cumple con estas notas que definen el concepto de sustancia pero no se reduce sólo a ella. El concepto de sustancia parece quedar corto para esta realidad que implica la persona.

El objeto existe, es, independientemente del sujeto. Sin embargo, por definición, el objeto hace referencia a un sujeto. *Ob-jectum* es aquello que se encuentra frente a quien es capaz de darse cuenta de su existencia: el sujeto o *sub-jectum* o aquel que subsiste por sí mismo y trasciende al objeto. Aquel en quien está la existencia, quien existe para y en sí y no sólo para ser advertido<sup>21</sup>.

El conocimiento no se da sin un sujeto. No tiene sentido hablar del conocimiento de un objeto sin el sujeto. Es el sujeto quien conoce al objeto, pero cuando el objeto que se presenta es también un sujeto, la cuestión toma un giro diferente. El sujeto, además de conocer, se reconoce en el sujeto que es objeto del conocimiento. La objetividad del conocimiento es innegable, sin embargo, cuando el objeto de conocimiento es el propio sujeto, la subjetividad –no el subjetivismo- cobra una importancia primordial. Por eso, en el mismo primer párrafo, Karol Wojtyla sugiere que “sería mejor hablar de sujetos antes que de objetos”<sup>22</sup>.

Las primeras líneas de *Amor y Responsabilidad* son una adhesión, como punto de partida, al realismo-objetivismo, a la metafísica aristotélico-tomista con respecto al ser. El fundamento ontológico es el ser. Sin embargo, el ser humano exige una nueva y más profunda reflexión: una metafísica del ser persona que supone la prioridad ontológica del ser pero que, debido a su plenitud y perfección particularísimos, obligan a la

---

20 Reale, Giovanni, *Guía de la metafísica de Aristóteles*, trad. al castellano J. M. López de Castro, Herder, Barcelona 1999, p. 165.

21 Lo que nos recuerda que Aristóteles dice que nosotros hacemos uso de las cosas “como si todas existieran para nuestro propio fin (porque somos en cierta manera también un fin)”. *Física*, 194a 32-35. Cfr. *Volver a la persona*, pp. 145-156.

22 *Metafísica della persona...*, p. 469.

metafísica a ir más lejos que sólo la sustancia como tal. Ser humano agrega un sustantivo radicalmente opuesto al objeto, pues el sujeto es el único ser que le encuentra y da sentido al objeto<sup>23</sup>.

El hombre, a su vez, también es objeto del conocimiento. Sin embargo, no es sólo una realidad objetiva que forma parte de un mundo de objetos, sino que, al mismo tiempo de ser objeto, es sujeto. A partir de la experiencia y la reflexión, Wojtyla intenta asimilar y explotar la subjetividad como un dato objetivo del conocimiento cuando el objeto de conocimiento es el hombre. El método que parece adecuado a Karol Wojtyla para la reflexión sobre el hombre, tendrá como hilo conductor la experiencia del sujeto: el método fenomenológico.

El conocimiento al que se refiere nuestro autor -y que da por supuesto- es al conocimiento consciente, racional, y no aquel que advertimos en algunos mamíferos. Una cosa es distinguir al amo, y otra muy distinta es conocer a una persona. Para lo primero son suficientes los sentidos internos y externos. Para conocer racionalmente es necesario un mínimo de inteligencia y de voluntad, además de los sentidos. El conocimiento de un objeto -y no el simple distinguir de un perro su plato de comida- comprende tanto el acto mismo de conocimiento como la huella que deja en el sujeto. Conocer es experimentar la verdad de lo que las cosas son, es una especie de acogimiento contemplativo.

El conocimiento hace posible al hombre manipular o incluso crear algunos objetos, así como interactuar con otros sujetos; es una experiencia interior<sup>24</sup>. No sólo se guarda en la memoria, sino que deja una huella en la intimidad: forma parte de la realidad de la persona. Lo que permite que el sujeto sea capaz de comprender y asimilar cada vez más y con mayor profundidad los objetos que se encuentran a su alrededor e

---

23 Para un análisis más a fondo sobre este aspecto, véase *Volver a la persona*, pp. 145-156.

24 El tema de la experiencia tiene un lugar preponderante en el pensamiento wojtyliano. En su primera tesis doctoral (ver nota 2) Karol Wojtyla se encuentra con la experiencia mística de san Juan de la Cruz. La experiencia será el punto de partida para la reflexión en toda su obra. Es por esta razón que en *Persona e atto* [*Osoba i czyn* en el polaco original] dedica todo el primer capítulo al análisis de la experiencia.

interactuar con otros sujetos. Conocer al sujeto entonces exige mucho más que el conocimiento del objeto que no es sujeto. Requiere volver una y otra vez al sujeto también como objeto del conocimiento. Negar esta realidad sería negar la posibilidad del conocimiento. Aceptarla es dar entrada a que el conocimiento del sujeto-objeto reclama mucho más que sólo tenerlo enfrente<sup>25</sup> pues el sujeto-objeto interpela al sujeto mismo.

La realidad objetiva del sujeto posee regularidades más o menos complejas. Las que son propias de toda sustancia y algunas otras propias de la especie. El dato más evidente de la singularidad del hombre con respecto a los demás seres vivos es la racionalidad, que hace posible también, que el ser humano elija libremente aquello que desea. El deseo -o tendencia- apunta hacia su propia perfección a diferencia de los mamíferos superiores que, por su instinto, sirven a la especie<sup>26</sup>. Los deseos, tanto como los pensamientos que pueblan el interior de cada ser humano, son aquello que constituye la interioridad.

Es significativo el hecho de que esa interioridad, además de constituir propiamente su persona, también lo hace pertenecer al mundo exterior, tanto visible como invisible. Se comunica con el mundo exterior y es capaz de comunicar lo que lleva en su interior, incluso a Dios. La interioridad lo hace pertenecer a la realidad del mundo exterior, pero de una forma radicalmente distinta de como sucede a un animal: diversísima entre las personas y particularmente humana. Es por eso que le llamamos intimidad.

La intimidad o interioridad de la persona la hace incomunicable, inalienable e irrepetible, porque es viva, dinámica y creadora. Nadie puede querer por mí, ni nadie puede reemplazar mi acto voluntario con el suyo: en esto consiste la incomunicabilidad<sup>27</sup>. La manera de interactuar con el mundo objetivo no es sólo percibir y reaccionar frente al mundo espontáneamente como lo hacen los demás seres vivos. Por su intimidad es

---

25 Cfr. *Volver a la persona*, p. 146.

26 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 471.

27 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 473.

capaz de autodeterminarse. La libertad es una singularidad entre los seres vivos exclusiva del hombre sobre la que volveremos más adelante.

El mundo, que permanece inmutable con la presencia de los animales sobre él, es alterado –positiva o negativamente- con la del hombre, pues es el único ser que con su actuar es capaz de modificar la faz de la tierra y de manipular su entorno. El hecho de poder conocer la verdad y desear el bien para sí, contribuye a la formación de una auténtica vida interior que no es posible en ningún animal<sup>28</sup> y permite vislumbrar que, al desear y elegir el bien para sí, se afirma a sí mismo como un fin. El inicio de la acción procede de él y, en muchas ocasiones, va dirigido a él mismo.

Un ser creado libre, dotado de la capacidad de alcanzar sus propios fines y de las tendencias que puedan ayudarle a alcanzarlos, no puede ser forzado por Dios mismo. "Dios no salva al hombre sin su libre participación"<sup>29</sup>. Dios lo crea porque lo ama "por" sí mismo y no "para" algo<sup>30</sup>.

El hombre, capaz de modificar su entorno y de autodeterminarse, no podría ser un individuo subordinado a la especie como sucede con los demás seres vivos. Aún así, es capaz de advertir que cada uno de los individuos de su misma especie, tiene el mismo valor que él mismo. El ser humano tiene la posibilidad de acabarse o perfeccionarse – *per ficere*- de innumerables maneras. Lo que no significa que cualquier cosa lo lleve a la plenitud y lo haga feliz; esta es su tarea primordial: descubrir qué es lo único que logra llenar y rebasar todas las expectativas y anhelos tanto de la razón como del corazón del hombre. De la infinitud del "cómo" que el hombre busca en su actuar, deducimos que el hombre realmente puede elegir lo que quiere hacer y quién quiere

---

28 *Metafisica della persona...*, p. 471. La cita textual dice: "Nell'uomo, la conoscenza e il Desiderio assumono un carattere spirituale e contribuiscono così alla formazione di una autentica vita interiore, fenomeno inesistente negli animali."

29 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 475

30 Wojtyła dice que ni Dios mismo puede usar al hombre porque entonces sería absurdo haberlo creado racional y libre. Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 478.

llegar a ser al actuar: la libertad o el libre albedrío<sup>31</sup>. A través de los actos manifiesta algo de su interior que lo hace distinto a los otros, de tal manera que no es lo mismo ser uno que otro.

En *Amor y Responsabilidad* se inserta tanto en el realismo metafísico como en el redescubrimiento de la subjetividad de la filosofía moderna. Para Wojtyła, la verdad sobre el hombre es sinfónica: no puede ser un conocimiento tan especializado que ignore u olvide el todo, sino un conocimiento que integre todos los saberes sobre el hombre y que comprenda todas las vías posibles. Aunque su objetivo es descubrir cómo debe comportarse el hombre ante la entrega de su propia persona, hace fructificar las aportaciones tanto de la filosofía de la conciencia, como de la filosofía del ser. Wojtyła se da cuenta de que el estudio sólo de la sustancia aristotélico tomista no es suficiente para comprender al hombre, como tampoco la filosofía de la conciencia. Es necesario asumir la aportación verdadera de cada una, articulándolas de tal manera que ayuden a profundizar en el conocimiento sobre la persona. En el inicio del texto, Wojtyła demarca la naturaleza peculiar del objeto a estudiar, lo que le permite y nos ayuda, a señalar el alcance metafísico de sus reflexiones sobre el hombre.

### **3 LA PERSONA Y EL BIEN**

En el apartado anterior hemos visto que la acción revela al ser. Los objetos sirven al sujeto para alcanzar su fin. El sujeto se sirve de ellos como medios para conseguir sus fines. Los animales al igual que los objetos, sirven al hombre, aunque a los primeros se les dé un trato distinto que a las cosas. La razón es la diferencia que existe entre ellos: unos son seres vivos y otros inanimados. La misma esencia de los objetos enseña al hombre cómo deben ser usados, así como la naturaleza de los animales muestra al hombre, que es capaz de comprenderla, cómo debe ser tratado: como un ser vivo que si se le maltrata, sufrirá. Los objetos y los seres vivos vegetales aun al servicio del

---

31 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 472. Sobre la capacidad de autodeterminación ahondará, algunos años más tarde, en la segunda parte de *Persona e atto* con el subtítulo "Trascendenza della persona nell'atto", a partir de la p. 963.

hombre, exigen que se les use como es debido: que no se les destruya ni que se despilfarre<sup>32</sup>.

El hombre puede hacer uso de los objetos porque sabe cómo usarlos. Sin embargo, cuando se enfrenta a otro sujeto igual pero distinto de él, se pregunta cómo debe ser tratado<sup>33</sup>. Lo primero que descubre en el otro es que constituye un bien tanto como lo es él mismo. Un bien superior a las cosas, vegetales y animales. Un bien que es dueño de sí mismo, al igual que los demás sujetos son poseedores de su propio ser. Esto es, que a cada uno corresponde el tener que determinarse y elegir cómo hacerlo.

Wojtyla analiza la definición de persona de Boecio y del Aquinate. En la del primero, “sustancia individual de naturaleza racional”<sup>34</sup> subraya la individualidad. El Aquinate la define como “ser subsistente distinto en su naturaleza racional”<sup>35</sup> y Wojtyla señala la subsistencia. De ambos acentúa la racionalidad que, junto con la libertad, son las manifestaciones más evidentes de que en el hombre hay una plenitud y una perfección tan rica y concreta, que no se le puede llamar de otra forma más que persona<sup>36</sup>. Esta particularidad se muestra en el obrar libre y comprende a toda persona individual en su totalidad. Ahora bien, la racionalidad es un dato fundamental que hace posible aquello que lo distingue de los animales: su interioridad. Esa vida que le es propia y por tanto intransferible.

El atributo racional, sin identificarse plenamente con el ser personal, permite al sujeto ser pensante y tomar sus propias decisiones. La capacidad de autodeterminarse a través de la elección de sus propios fines y la consecución de los mismos, es una muestra de que la persona es un fin en sí misma<sup>37</sup>. El ser personal se manifiesta

---

32 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 475.

33 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 475.

34 Boecio, Anicio Manlio Torcuato Severino, *Liber de persona et duabus naturis*, c. III, II, Contra Eutychem et Nestorium, PL MG., 64, 1343 C. La cita original dice: “Naturæ rationalis individua substantia”.

35 En el original en latín: “Persona significat id quod est perfectissimum in tota natura, scilicet subsistens in rationali natura”. Aquino, Tomás de, *Summa Theologiae*, I, q. 29, a. 3.

36 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 470.

37 Tomás de Aquino lo formula así: “El nombre persona no ha sido impuesto para significar al individuo por parte de su naturaleza, sino para significar una realidad subsistente en tal naturaleza”. *Summa Theologiae*, I, q.30, a.4.

entonces a través de la libertad; gracias al ejercicio de ella -a través de los actos- la persona se va terminando a sí misma a lo largo del tiempo, como la tarea más importante a realizar. Wojtyla subraya una y otra vez, que la persona no se da a sí misma el ser ni la subsistencia, ni la racionalidad, ni el libre albedrío, sino que le vienen dadas por su creador que lo hizo fin en sí mismo, no medio.

El poder elegir sus propios fines, revela una esencia radicalmente distinta de todos los demás seres vivos, así como su lugar dentro de la naturaleza. La persona es administradora de la naturaleza y fin en sí misma: es ella quien la debe administrar pues sólo ella es capaz de comprenderla y transformarla. Lo que no significa sea su propia creadora o diseñadora, sino al contrario: que su diseño responde a que fue hecho como fin. *Amor y Responsabilidad* nos sorprende con una pregunta que parece fuera de lugar: ¿tenemos derecho a tratar a la persona como un medio y utilizarla como tal?<sup>38</sup> En muchas situaciones de la vida parece absolutamente normal que suceda, pero especialmente en las relaciones sexuales, en donde parece que el hombre se sirve de la mujer para conseguir sus fines y viceversa ¿realmente es así?

El obrar humano expresa una verdad elemental de orden natural: si el hombre es un bien que al mismo tiempo es fin, entonces no puede ser usado como un medio. Tal y como rescata lo valioso de las definiciones clásicas de persona de Boecio y del Aquinate, lo hace con Kant, a través de la fórmula de la humanidad: "Obra de tal modo que uses a la humanidad en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre a la vez como fin, nunca meramente como medio"<sup>39</sup>.

---

38 *Metafisica della persona...*, p. 475. La cita textual dice: "Abbiamo il diritto di trattare la persona come un mezzo e di utilizzarla come tale?".

39 Kant, Immanuel, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, trad. de J. Mardomingo, Ariel, Barcelona 1996, 429,10. En adelante GMS. Wojtyla, fiel a su costumbre en los escritos no académicos, cita a los autores que le interesan y señala lo dicho por otros pero, además de no citar la obra al pie, hace una libre adaptación del segundo imperativo, en el que recoge el espíritu del imperativo. En el original en italiano cita a Kant así: "Agisci in modo tale da non trattare mai la persona altrui semplicemente come un mezzo, ma sempre anche come il fine della tua azione". En castellano es: "actúa de tal modo que nunca trates a la persona del otro simplemente como un medio, sino siempre y al mismo tiempo, como el fin de tu acción".

Wojtyla se apoya en la segunda fórmula del imperativo kantiano pero lo justifica y le da otra dirección. Para el filósofo de Königsberg la fórmula es una aplicación concreta de la ley universal que responde al deber y apunta a la autonomía de la conciencia. Para el polaco es un deber que surge de la verdad objetiva de lo que es la persona, a quien Dios creó no como un acto de necesidad sino gratuitamente y a quien ama por sí misma. La reformulación de Wojtyla no apunta a la autonomía de la conciencia, sino al amor debido a la persona, que no lo ha ganado por sus propios méritos o porque es plenamente autónomo y creador de leyes, sino que tiene un origen gratuito: fue creado como fin por amor.

El hombre es entonces un bien en sí mismo que, al estar por encima de todos los seres de la naturaleza y para quien fueron hechos, entonces deberá ser el mayor bien dentro de la naturaleza. Un bien que es capaz de someter los demás bienes y darles el uso debido, lo que lo hace radicalmente distinto y superior a los demás. Dentro de esta inmensa diferencia, se encuentra con que hay otros iguales que él pero al mismo tiempo diferentes. Cada hombre advierte, por sentido común, que no puede tratar a los demás como medios para lograr sus objetivos. El imperativo kantiano, además de señalar un fin como algo que hay que alcanzar, marca unos límites contundentes sobre lo que no se debe hacer.

#### **4 LA NORMA PERSONALISTA**

La norma personalista es el punto medular de la argumentación wojtyliana, no sólo del amor, sino de toda su antropología y ética. La persona se revela a través de la acción: es capaz de elegir los bienes que le convengan para conseguir sus propios fines en orden a la autodeterminación.

Resulta paradójico que Wojtyla descubra a Kant gracias a la crítica de Scheler. Aún así, no puede despreciar la valiosa aportación del filósofo de Königsberg, siguiendo las enseñanzas del Aquinate que, abierto a la verdad, no le importa su origen, sino simplemente la verdad contenida en la formulación. Ahora bien ¿qué similitudes y diferencias existen entre los planteamientos de la segunda fórmula del imperativo práctico kantiano y la norma personalista wojtyliana?

Tanto para Kant como para Wojtyla el deber es constitutivo de la moralidad, sin embargo, el imperativo kantiano hunde sus raíces en el respeto al deber, en la ley y, por tanto debe fomentarse un comportamiento acorde con ese deber. La norma personalista de la acción de Wojtyla, surge de la verdad acerca de lo que es la persona. El deber para Kant está por encima de las personas. Para Wojtyla, el deber para con las personas es una exigencia intrínseca del ser persona que se manifiesta en la experiencia a través de la acción. El deber no es poner en acción una serie causal surgida de la ley universal que cada hombre crea, sino que es revelado por la persona y hacia la persona, en su acción. Un actuar que la trasciende a sí misma, sin que ésta deje de ser la propia causa de su actuar<sup>40</sup>. Es por esto que la norma personalista dice que "la persona es un bien tal, que sólo el amor puede dictar la actitud apropiada con respecto de ella"<sup>41</sup>. Lo que exige afirmar a la persona en cada acto que va dirigido a ella por encima de cualquier valor inferior a ella. El que ama verdaderamente, regulará cada uno de sus actos conforme al verdadero bien de la persona y será justo con respecto a la persona, pues le da el trato que le corresponde. Se observa que al apuntar al amor, la norma personalista expande sus posibilidades en la inagotable creatividad humana de hacer el bien.

El deseo de que otra persona quiera el mismo bien como fin, y que lo acepte como suyo, puede crear un vínculo entre esas dos personas. El deseo y la aceptación por parte de la otra muestran, por un lado, una acción libre y consciente; por otro, una situación de igualdad entre ambos<sup>42</sup>, lo que excluye que una de ellas trate de someter o se vea sometida a la otra. Desear y buscar la manera de que la otra persona quiera el mismo fin, supone una acción voluntaria y por lo tanto libre. Sin embargo, advertimos que el sólo deseo del mismo bien como fin, no prueba que sea amor. Primero es necesario que sea realmente un bien y tratar de que sea común. Una vez propuesto y

---

40 Cfr. Ferrer, Urbano, "La conversión del imperativo kantiano en norma personalista" en *La filosofía personalista de Karol Wojtyla*, Ed. Palabra, Madrid 2007.

41 *Metafisica della persona...*, p. 494. La cita textual completa dice: "Il suo contenuto positivo si sviluppa parallelamente: la persona è un bene al punto che solo l'amore può dettare l'atteggiamento adatto e interamente valido a suo riguardo."

42 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 480.

aceptado por la otra persona, es indispensable que ambos quieran buscar libre y conscientemente ese mismo bien. Wojtyla lo ejemplifica con dos casos similares. La relación entre patrón - empleado y jefe - soldado. El empleado, tanto como el soldado, corren el peligro –y se observa en diversas organizaciones-, de ser tratados como medios, en una actitud utilitarista. Si el fundamento de la relación entre el empleado y el soldado con el patrón y el jefe, queda claramente establecida como la búsqueda de un bien común y es aceptada libremente por ambos, entonces se podrá decir que es una actitud de amor. El autor aclara que, obviamente, no se trata del amor como un sentimiento<sup>43</sup>, sino de la actitud frente a la persona: desearle y, junto con ella, buscar el bien.

El bien tiene una doble dimensión con respecto a la persona y el amor. Por un lado, si objetivamente la persona es un fin en sí misma, tanto como las demás, la relación entre ellas no puede ser otra que el amor. La única actitud adecuada con respecto a la persona es el amor. Esto es, la naturaleza racional permite comprender que si el otro es persona, no se le puede tratar de una manera inferior a como uno quisiera que lo trataran, precisamente porque representa un bien similar a lo que cada uno es. Se puede tratar a la persona como un medio sólo si esas dos personas deciden libremente perseguir el mismo bien, si y sólo si, el mismo fin que buscan es de verdad un bien<sup>44</sup>. El bien que une a estas dos personas, es un vínculo objetivo que nace y une en su interior, pero no es más que un primer atisbo del amor y no su plenitud. El amor, que es el vínculo que une a esas dos personas es la dimensión objetiva. Por otro lado, la huella que ese amor deja en el interior de ambas personas posee una dimensión subjetiva. De esta manera el bien es tanto objetivo como subjetivo.

La norma personalista efectivamente es una verdad elemental de orden natural que no surge de la percepción subjetiva, sino de la verdad objetiva sobre el hombre. Si el hombre, cada uno, es un fin en sí mismo, es posible –y justo- tratarlo como medio

---

43 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 480.

44 Cfr. *Metafisica della persona...*, pp. 1026-1027. En *Persona ed atto* profundiza aún más en esta idea: dice que la conciencia revela la verdad sustancial del hombre como persona.

siempre y cuando se le trate como un fin, que es lo que le corresponde. La reformulación del imperativo kantiano ordena: "Cada vez que en tu conducta una persona es el objeto de tu acción, no olvides que no has de tratarla solamente como un medio, como un instrumento, sino que debes contar con el hecho de que ella misma tiene, o por lo menos debería tener, su propio fin"<sup>45</sup>.

Como se ha observado, la base de esta norma surge de la verdad acerca del hombre. Usar a la persona es entonces lo más contrario a su naturaleza pues, entre otras cosas, sugiere una subordinación que niega el hecho de que cada persona es fin en sí misma.

Karol Wojtyła recoge una aportación de Agustín de Hipona como conclusión con respecto al principio de utilidad y la norma personalista: la distinción entre *uti* y *frui*<sup>46</sup> como conceptos opuestos que les corresponden. Usar –*uti*– es la actitud de tender solamente al deleite, sin tener en cuenta al objeto. Gozar –*frui*– o disfrutar de, es tratar al objeto según su naturaleza. El mandamiento del amor señala el camino a ese *frui* en las relaciones entre personas de sexo contrario que desean amarse: tratar a la persona de acuerdo a la verdad de lo que es.

Se ha visto que la persona es un bien que al mismo tiempo es fin. Es por esto que el máximo y más objetivo bien que posee cada ser humano es su misma persona: nada hay mejor que puede dar que su propia persona y nada más valioso que recibir a otra persona como un don, no como un objeto en propiedad. Puede darse, porque es capaz de poseerse. De lo anterior, es posible inferir que nada podría justificar la donación de la propia persona sino la recepción de otra persona: alguien distinto de sí. Si no fuera así, se estaría frente a una tautología, que en el caso del hombre se llama egoísmo o individualismo. Al hablar de alguien, recordamos que el núcleo interior de la persona es la vida interior. La interioridad revela que la persona no sólo es, sino que *está siendo*, pues es dinámica, viva y creadora. La entrega de la propia persona y el recibir como

---

45 *Metafisica della persona...*, p. 479. El texto dice: "Ogni volta che nella tua condotta una persona è oggetto della tua azione, non dimenticare che non devi tratarla soltanto come un mezzo, come un strumento, ma tiene conto del fatto che anch'essa ha, o perlomeno, dovrebbe avere, il proprio fine".

46 El término "uti" se refiere a usar y lleva implícita una subordinación, desigualdad y sometimiento de parte del sujeto hacia el objeto. "Frui", se acerca más el significado de "disfrutar de" o "gozar de".

don a otra, es la entrega de la propia interioridad y la acogida del otro en su totalidad, incluyendo así mismo su intimidad.

En resumen, la norma personalista es una consecuencia de la verdad acerca de lo que es la persona. Si el hombre realmente es persona, la única manera de tratarlo es ayudándolo a la consecución de su verdadero bien: que llegue a su realización, a su plenitud. Como se ha mencionado, la norma personalista surge de un fragmento descontextualizado de la segunda fórmula del imperativo kantiano que, no por esto, pierde en absoluto su valor ni su verdad<sup>47</sup>.

Antes de continuar parece conveniente hacer una recapitulación señalando algunos momentos importantes para nuestra reflexión. La primera es la diferencia que existe entre la persona y los animales y las cosas. Luego, que si una persona puede darse cuenta que si ella puede -y debe- elegir sus propios fines, los demás también lo pueden y deberían hacerlo. Con esto es posible advertir que el otro vale lo mismo que yo, aunque sea distinto de mí. El hecho de interactuar con otras personas, exige que las trate como fines: no se debe usar a la persona porque no es un animal o una cosa. Por otro lado, es razonable desear que algunas personas deseen el mismo bien que uno, pero –por el principio personalista- no se debe conseguir atropellando su libertad e imponiendo los propios deseos, aún cuando objetivamente se busque su bien. Sin embargo, una vez que la otra persona ha aceptado como objetivo la consecución del mismo bien que uno, de una elección que exige la disposición a buscar un bien para uno que también lo sea para el otro, estamos ahora sí en el terreno del amor, que es desear el bien del otro y, si se está en posibilidad, hacerlo<sup>48</sup>. No se trata de un amor pleno ni probado, pero se puede hablar de amor con toda propiedad. Lo que permite advertir que sólo las personas participan en el amor. "Sólo el amor puede excluir la utilización de la persona por parte de otra"<sup>49</sup>. Inferimos entonces que el amor no es un

---

47 Agradezco al Maestro Vicente de Haro sus observaciones y ayuda sobre este tema.

48 Nuevamente Wojtyla se refiere a Tomás de Aquino en la *Summa Theologiae*, II-IIae, q. 31.

49 *Metafisica della persona...*, p. 481. La cita textual dice: "...solo l'amore può escludere l'utilizzazione di una persona da parte di un'altra".

fin, sino la norma fundamental que regula el comportamiento de la persona hacia los demás.

## 5 EL PLACER

En líneas anteriores se dejó abierta la pregunta acerca de lo que sucede en las relaciones sexuales, en las que parece que el hombre se sirve de la mujer y viceversa. Para ello, es necesario introducir un elemento más: el placer. El hombre es capaz de distinguir entre el placer y dolor, así como de elegir el placer separado de su actuar<sup>50</sup>. Esto significa que puede buscar sólo el placer por sí mismo como si fuera un fin. En el actuar del hombre se ve que sucede frecuentemente, a diferencia de los animales que no pueden hacerlo.

La acción del hombre está íntimamente ligada a los estados emocionales afectivos. En ocasiones el acto objetivo es relevante y deja huella en el estado emocional de la persona o por el contrario: el estado afectivo puede influir o ser la causa de que actúe de tal o cual manera<sup>51</sup>. Esto es, que los estados emocionales preceden, acompañan o se muestran al final de la acción y dejan una marca positiva o negativa en el interior del hombre, que a su vez, después influye en la acción humana. La carga positiva es el placer y la negativa es el disgusto, el pesar o el desagrado<sup>52</sup>.

Las emociones afectivas tienen una enorme diversidad e intensidad cuando la acción tiene por objeto a una persona y más aún cuando se trata de las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer. El carácter específico de la emoción afectiva en las relaciones sexuales, muestra con enorme claridad el significado de la palabra "gozar", en el sentido de "experimentar un placer que, de diversas maneras está ligado a la acción y a su objeto"<sup>53</sup> que en este caso es también un sujeto. En el caso particular, el objeto es siempre una persona que al mismo tiempo es fuente del placer

---

50 *Metafisica della persona...*, p. 485.

51 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 483.

52 "Dispiacere" en el original. Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 483.

53 La cita completa dice: "«Godere», nel senso di «fruire», vuol dire «provar piacere que sotto diverse forme è legato all'azione e al suo oggetto»". *Metafisica della persona...*, p. 484.

experimentado. Es evidente que una persona sea para la otra, fuente de sensaciones con una carga emocional afectiva singular porque la otra participa también de la acción: es un copartícipe. La igualdad entre el sujeto y el objeto de la acción es lo que constituye el fundamento de la emoción afectiva, tanto como sus cargas negativas o positivas.

Habíamos dicho que el hombre, además de distinguir entre el placer y dolor, puede separarlos y elegirlos como fines distintos de su propia acción. Lo que no puede hacer es separar el cuerpo de la persona misma, pues junto con la realidad inmaterial que los griegos llamaban alma, conforma una unidad inseparable llamada persona. En las relaciones sexuales en las que se busca sólo o principalmente el placer, la otra persona es tratada por el sujeto como un objeto, esto es, como un medio. Los animales no pueden separar el placer sexual del fin del acto que inexorablemente apunta hacia la conservación de la especie. Lo que permite advertir además, que la personalidad libre e inteligente del hombre, es el origen de la moral que es objetiva y subjetivamente personalista por el hecho de que entra en juego la actitud conveniente hacia la persona, como se ha visto en el terreno del placer sexual<sup>54</sup>.

El cuerpo, y por lo tanto la sexualidad, que no es ajeno a la persona no puede ser usado sin más, sin ir en detrimento de la persona misma: una persona no puede ser entonces un objeto o un medio para la otra. El hecho de que el hombre sea persona, lleva a aceptar la subordinación del deleite o disfrute del placer al amor. Una relación sexual exige que se busque el verdadero bien de la otra persona en su totalidad y no sólo su cuerpo. Buscar sólo el deleite, disfrutar de, o hacer uso de otra persona para conseguir placer, necesariamente excluye al amor. Lo anterior permite observar que el carácter subjetivo del placer, puede y debe ser ordenado y elevado al nivel objetivo del bien de la persona: al amor<sup>55</sup>.

---

54 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 485.

55 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 486.

El utilitarismo tiene como común denominador la utilidad principalmente en la acción ignora u olvida que el placer es un efecto de un acto concreto, pero no un fin en sí mismo. Debido a la libertad el hombre, equivocadamente, puede desearlo como un fin. El carácter subjetivo del placer revela que la búsqueda de él como fin, excluye a la otra persona que es tratada como un medio por el sujeto pues la usa como instrumento para conseguir el placer. El hecho de aceptar el principio de la utilidad, trae consigo la aceptación de ser tratado como un medio, un instrumento o un objeto. El placer, al ser un bien exclusivamente actual y subjetivo, es un efecto importantísimo, pero accidental y accesorio. La actitud utilitarista hacia la persona, especialmente en el terreno sexual, no es conforme a su naturaleza, pues contradice profundamente su ser persona<sup>56</sup>. Nos serviremos de un ejemplo para ilustrar lo dicho.

El libre acuerdo entre dos personas de usarse con el objeto de buscar el placer una en la otra, podría parecer acorde con el amor pero, si se analiza con detalle, es posible observar que no es suficiente la libre decisión de ambas en un fin común para que sea conforme a la naturaleza de ellas. La clave para resolver esta cuestión parece venir del fin común. No es suficiente que el placer sea un bien, sino que debe ser un bien objetivo, no solamente subjetivo. Para que sea conforme a la naturaleza de las personas, no puede ser un fin que en sí mismo es accidental e inferior a ambos y para conseguirlo se sirve de la persona. La unión libre y bilateral podrá ser la suma de dos egoísmos que buscan, como reza el principio utilitarista, el máximo de placer y el mínimo de dolor como fin supremo. Dos egoísmos porque, en cuanto uno de los dos no sirve al otro como fuente de placer, es posible desecharlo. La razón es que, cuando ambos deciden ser tratados como instrumentos, asumen o deberían asumir la posibilidad, de que en cuanto dejen de servir o de agradar al otro, pueden ser reemplazados como cualquier objeto. Quien reconoce como principio la utilidad y actúa de esta manera no tendrá más remedio que concluir: "es necesario que me considere a mí mismo como instrumento y medio, puesto que así considero yo al otro"<sup>57</sup>.

---

56 Cfr. *Metafisica della persona...*, pp. 486-493.

57 *Metafisica della persona...*, pp. 492-493. "«necesario che io consideri me stesso come strumento e mezzogiacché così considero gli altri»."

La búsqueda del placer como fin, es un obstáculo en el camino del amor que termina excluyéndolo por completo. Vemos que el principio utilitarista, es contrario al elemental imperativo kantiano, a la norma personalista y además, es radicalmente opuesto al natural amor a uno mismo al permitir, en el mejor de los casos, ser usado como objeto<sup>58</sup>. Es lógico que quien no se ama a sí mismo, tampoco puede amar a otro: quien no busca el bien para sí, menos lo buscará para alguien más. No es que suceda primero una cosa y luego la otra, sino que una lleva a la otra: no amarse impide amar y no amar impide amarse. Con frecuencia se recurre al adagio "nadie da lo que no tiene" que expresa un destello de verdad, pero que al mismo tiempo puede ocultar un peligroso error con respecto al amor. Para poder amar a alguien es necesario amarse a uno mismo: que me traten como persona. Sin embargo, cuando una persona que no se ama a sí misma advierte que es "inmerecidamente" amada por alguien, experimentará el gozo de la gratuidad del amor y podrá descubrir que vale mucho más de lo que imaginaba. A este respecto recordamos las reflexiones de Josef Ratzinger: "La raíz de la alegría es que el hombre esté de acuerdo consigo mismo. Quien puede aceptarse a sí mismo, ha conseguido el sí decisivo. Vive en el sí, en la aceptación positiva. Y quien puede aceptarse, puede aceptar también el tú, puede aceptar el mundo. La razón de que un hombre no pueda aceptar el tú, es que no puede aguantar a su yo"<sup>59</sup>.

En cualquier caso, es posible afirmar, que cuando una persona es objeto del amor de alguien comienza a valorarse de una manera más positiva y esperanzadora: comienza a creer más en sí misma y vislumbra un potencial del que se creía incapaz.

Podemos concluir que la norma personalista justifica y es la base del mandamiento del amor y totalmente contrario al principio utilitarista que exige el máximo de placer y el

---

58 Aún cuando no es el enfoque que nos ocupa en el presente trabajo, cabe hacer la reflexión sobre la segunda parte del mandamiento evangélico, pues ilumina el análisis con respecto a la *medida* del amor: cuánto y cuándo se debe amar. La expresión "Ama a tu prójimo como a ti mismo" presupone, no ordena, que uno se ama a sí mismo, esto es, la persona se afirma a sí misma naturalmente. El problema actual estriba en que se presupone que primero, en el tiempo, debe amarse uno a sí mismo para poder, después, amar a los otros y no es así. El amor a uno mismo aumenta en la medida en que amemos a los otros y viceversa. La clave parece encontrarse precisamente en el tiempo: no es primero una cosa y luego la otra, sino que hay una especie de sincronía en el amor: al amar al otro se consigue el bien para uno, pues el verdadero bien para uno es hacer el bien al otro.

59 Ratzinger, Joseph, *Teoría de los principios teológicos*, Editorial Herder, Barcelona 1985, p. 92.

mínimo de pena o dolor para el mayor número de hombres<sup>60</sup>. Es contrario porque, como se ha visto, la persona es un valor superior al placer<sup>61</sup>. Asimismo, la conformidad de la actitud de la persona con respecto a otra no elimina la utilidad, sino que la asume sometiéndola al verdadero bien de la persona. Lo que responde a la cuestión planteada anteriormente acerca de si un amigo se puede servir de otro para conseguir algo. El principio utilitarista y la norma personalista se excluyen mutuamente, puesto que uno es contrario a la verdad acerca de la persona y el otro es la única actitud acorde en la relación con el otro.

## **6 LA TENDENCIA SEXUAL**

"Todo hombre es por naturaleza un ser sexuado"<sup>62</sup> La sexualidad humana configura de una manera concreta a la persona. No es un simple dato que responde a la reproducción sino que muestra dos formas de ser completamente distintas y complementarias y a la vez iguales. Ambos son indistintamente humanos, pero su modo de ser es diferente. No es lo mismo ser varón que ser mujer. No sólo se complementan en el evidente aspecto fisiológico, sino también ontológicamente. El ser humano es una unidualidad, es una unidad de dos: sólo ambos reflejan en plenitud la realidad del ser humano. La tendencia sexual es un dato evidente de esta unidad de dos.

En el apartado I.3 se decía que el hombre experimenta una atracción natural por el bien, debido a su precaria condición ante el mundo -sus limitaciones- y ante su propia realidad, sobre la que advierte que debe acabarse a sí mismo. Wojtyla recurre a la aportación de Aristóteles sobre los bienes, reestructurada y mejorada por Tomás de Aquino en la *Summa Theologiae* que analiza y nombra de acuerdo a una jerarquía. Los bienes por los que el hombre se siente atraído son diversos: los más cercanos son aquellos que le "sirven" para satisfacer sus propias necesidades y tendencias: representan un bien para los sentidos. Los lejanos son aquellos que cuesta al hombre conseguir pero que dejan una huella más profunda y que permanecen en él mismo por

---

60 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 488.

61 Cfr. *Metafisica della persona...*, pp. 494-495.

62 *Metafisica della persona...* p. 500. La cita textual dice: "Ogni uomo è per natura un essere sessuato".

más tiempo: constituyen un bien para la voluntad. A los primeros les llama bienes concupiscibles y a los segundos bienes benevolentes.

La tendencia sexual en el hombre apunta al bien o amor de concupiscencia, como indistintamente lo llamaban los pensadores medievales<sup>63</sup>. La tendencia sexual permite advertir que el varón necesita de la mujer, tanto como la mujer del varón. Es una realidad humana que acerca a las personas de distinto sexo como punto de partida del amor y constituye un impulso tan grande que puede contribuir de una forma peculiar en mantener unidas a esas dos personas a lo largo de sus vidas, siempre y cuando decidan ponerlas al servicio de la persona y no al revés<sup>64</sup>.

El amor de concupiscencia es desear un bien para sí. El hombre descubre y reconoce el bien en las cosas y desea algunas de ellas, las que satisfacen sus necesidades o simplemente las que agradan o deleitan a sus sentidos. Reconocer el bien en las cosas es valorarlas, darles un sentido. De la misma manera, el hombre experimenta esa atracción o deseo por alguna persona concreta: lo percibe como un bien que agrada y que atrae a sus sentidos. Descubre en esa persona un valor *extra* y entonces la desea como un bien para sí, que se puede expresar en “te quiero, porque eres un bien para mí”<sup>65</sup>. El amor de benevolencia en cambio, es aquel en el que la persona le desea –y está dispuesta a conseguirse- un bien a otra. Aunque primordialmente busca el bien del otro, no excluye el deseo del propio bien. Aún más, desear el bien<sup>66</sup> de la otra persona es una respuesta al “te deseo como un bien”.

El amor de concupiscencia es una cristalización de la necesidad objetiva de un ser dirigido a otro por ser un bien y un objeto de deseo. Sin embargo, en la conciencia del sujeto este amor no se limita a la sola concupiscencia, sino que percibe a la persona entera como un bien para él. La fuerza de la tendencia lo acerca a la otra persona, pero

---

63 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 536.

64 Cfr. *Metafisica della persona...* p. 759.

65 *Metafisica della persona...* p. 537. La cita textual dice: "Io ti voglio perché tu sei per me un bene."

66 Wojtyła se refiere a la cita de Tomás de Aquino en la *Summa Theologiae*, II-IIae, q. 31.

la conciencia de esa misma fuerza le revela que quedarse sólo en el deseo producto de la concupiscencia, lo alejará de la persona que despierta ese deseo<sup>67</sup>.

La persona que desea a otra como un bien en ese: “te deseo como un bien”, es interpelado por el mismo bien al que desea, la otra persona, en un sentido reversible: ¿qué me puedes ofrecer si al desearme como el único bien digno para ti, me concibes como un bien del mismo valor que tú mismo? La única respuesta suficiente no puede ser otra que el amor de benevolencia: “te deseo el bien” y “sólo busco tu bien”. Lo que lleva al sujeto a materializar ese deseo con los actos que consiguen acercar el auténtico bien a la otra persona. Ese deseo y esa acción concreta de conseguir el bien, muestran que el mayor bien que se puede ofrecer es la propia persona. De tal manera que eso que empezó como un simple pero decidido deseo, pide cada vez más: tiempo, espacio, sueños, futuro y también pasado, hasta el don recíproco, total y exclusivo de sí mismo.

La causa de que un ser sea sexuado es la generación. La sexualidad está biológicamente direccionada a la reproducción. El término del proceso sexual es la generación. Las circunstancias externas y la salud del individuo de todas las especies de seres vivos harán posible que la facultad generativa llegue a su término o no. En el hombre, en cambio, la facultad generativa no depende de los factores externos de cada persona, sino que está subordinada a la elección libre y no sujeta a las circunstancias o a un instinto como ya se había dicho. La persona es capaz de decidir si hace uso de su facultad generativa o no. A diferencia de las plantas y los animales, la persona es dueña de sus decisiones y de sus actos. En los animales, a la facultad de generación se le llama instinto.

El instinto es la fuerza que conduce ineludiblemente al individuo de una especie a comportarse de una forma concreta. Induce a una manera espontánea de actuar ante un estímulo dado que responde, directa e inexorablemente a su causa. Es una fuerza impuesta por la naturaleza a los seres vivos, direccionada a la supervivencia de los individuos en orden a la conservación de la especie. El hecho de que un animal ataque

---

67 Cfr. *Metafisica della persona...* p. 537.

a otro para devorárselo, responde directamente al instinto de conservación, de la misma forma que el apareamiento es causado por el de reproducción. Es por eso que a un animal no le interesa un individuo concreto de su especie con miras a la generación. Si acaso y también por instinto puede elegir, no a un individuo, sino a cualquiera con unas ciertas características relacionadas con la salud, que responden también a la conservación de la especie a la que ese animal está subordinado. El animal no puede elegir los medios, porque está determinado por el fin. El "programa" del cortejo de esa especie ya está impreso como un instructivo, es el instinto animal.

El hombre en cambio, sí puede elegir los medios que le convengan para la consecución del fin porque él mismo se lo puede proponer. El instinto determina el comportamiento de los animales. El impulso del ser humano, no. Instinto y libertad son excluyentes: un animal no puede resistirse a su instinto porque no está dotado de razón. El hombre sí. Cada acto, producto de una elección, ilumina y señala el fin propuesto por esa persona, de tal manera que es capaz de hacer uso de los medios: dejar de usarlos si así lo desea, modificarlos o manipularlos a su antojo con ciertos límites impuestos por la realidad, pero siempre en vistas al fin que ha elegido, porque es capaz de reflexionar: volver una y otra vez hacia sí mismo preguntándose tanto si el medio lo está acercando a su fin como simplemente si eso es lo que desea. La causa de que pueda hacerlo es la racionalidad. Puede elegir sus fines porque piensa: puede autodeterminarse. El impulso sexual en el hombre deja espacio -e incluso permanece subordinado- a la voluntad del hombre, a menos que decida lo contrario, que también es posible por su condición libre: esclavizarse a su propio impulso o tendencia.

Vemos entonces que el hombre, por su condición de ser vivo, no es ajeno a las leyes de la naturaleza: experimenta también una fuerza que lo impulsa a buscar un ser de su misma especie y, al igual que los animales, fisiológicamente distinto de tal manera que se complementen. La experiencia muestra que un hombre se siente atraído, no simplemente por un individuo del sexo contrario, sino por una persona concreta de distinto sexo. La inclinación sexual en el hombre tiene una fuerza enorme pero no está determinada por la exigencia biológica, sino supeditada a la racionalidad. Por esta razón, a la facultad generativa en el hombre no se le llama instinto sino tendencia o

impulso sexual, pues está subordinada a la libertad personal y no a las exigencias de la especie.

Es innegable que al hombre le “sucede” algo en su interior, sin desearlo o sin buscarlo<sup>68</sup>. Sin embargo, es capaz de reflexionar sobre ello y responder dándole una dirección. El hombre no puede responder por eso que acontece en su interior con una connotación sexual si no lo ha buscado él, pero sí es responsable de la dirección que le dé<sup>69</sup>.

La tendencia sexual empuja a la persona a buscar como objetivo inmediato a otra de sexo opuesto y de su misma especie como resultado de una necesidad ontológica de complementarse: ni la mujer tiene las características propias del varón, ni el varón las de la ella. Se decía antes que el objeto final *-telos-* de la tendencia sexual desde una perspectiva netamente biológica, es la procreación. Sin embargo, tiene un doble sentido de finalidad, es un objetivo de un plan y término de un proceso. Como plan, lleva a una persona a interesarse por otra de distinto sexo y como término, lleva a la procreación. Ambas dejan ver, por un lado, que se trata de dos personas y por otro, que el hecho de ser sexualmente distintas las hace, cuando menos, fisiológicamente complementarias. Una a la otra se hacen fecundas, una complementa a la otra.

El hecho de que el ser humano tenga la capacidad de autodeterminación hace de la tendencia sexual un dato radicalmente diverso del instinto animal. Es decir, el ser humano no elige una pareja predeterminado por el bien de la especie, sino de acuerdo a su propia decisión que, incluso algunas veces parece ir en contra de la salud de la especie humana. Como el caso de quien decide unirse y procrear con alguien con un defecto físico hereditario. El impulso sexual como búsqueda del bien concupiscible, suministra materia al amor y se encuentra siempre presente en la experiencia del amor: colabora en el nacimiento, lleva a la persona a relacionarse con otra igual pero distinta y complementaria y, en ocasiones, puede ser incluso un aliciente para continuar amando

---

68 Cfr. *Metafisica della persona...*, pp. 498-499.

69 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 500.

cuando llegan las dificultades. El amor no es una especie de racionalización del impulso instintivo, sino que constituye una fuerza primaria que, si bien es iniciada por la tendencia, debe permanecer supeditada al amor para que perdure. Lo que significa que el amor verdadero entre un hombre y una mujer asume y eleva la tendencia sexual.

La tendencia sexual, tan vilipendiada por su oposición a la racionalidad, paradójicamente puede dirigir a la persona a la enseñanza más ardua y plenificante que pueda encontrar en su vida: la donación de sí. Siempre y cuando lo decida libremente y sea consciente de que debe responder por ello<sup>70</sup>. Es innegable un cierto conflicto entre el impulso sexual y la libertad, puesto que el impulso es una manera espontánea de actuar, no sometido a la reflexión. La libertad implica razonamiento y decisión: necesita de la inteligencia y la voluntad. Vislumbramos que lo único que puede conciliar este aparente conflicto es el amor. Pero no sólo eso, la tendencia -irracional- que empuja a una persona a descubrir el misterio que implica la otra persona, aunada a la decisión libre -y racional- de querer dar el bien máximo, abre el camino a la realización y plenitud de la persona en el amor.

## **7 EL AMOR DE BENEVOLENCIA**

En párrafos anteriores se ha planteado que el amor es siempre una relación mutua de personas que se funda en la actitud individual y común respecto del bien<sup>71</sup>. Conviene subrayar los dos primeros elementos del amor: siempre es entre dos personas y necesariamente está ligado al bien. No es amor lo que une a dos criminales: es complicidad o colaboración al mal, pero no amor ni amistad. Así como tampoco lo es cuando no se busca el bien de uno mismo y el de la otra persona, ni cuando se lo usa como objeto. El amor siempre es *com-unió*n de personas en busca del bien. Para que

---

70 Cfr. *El pensamiento...*, p. 128.

71 *Metafisica della persona...*, pp. 492-493. La cita textual dice: "Ammetteremo come punto di partenza che l'amore sia sempre un rapporto reciproco di persone, quest'ultimo a sua volta fondato sul loro atteggiamento individuale e comune nei confronti del bene".

sea verdadero, debe ser benevolente -esto es, la voluntad de hacer el bien-. De lo contrario será egoísmo<sup>72</sup>.

El texto introductorio al subcapítulo de *Amor y Responsabilidad* señala: "El amor como benevolencia"<sup>73</sup> que en la versión castellana aparece como parte de otro y casi marginalmente, aún cuando es el eje de toda la reflexión wojtyliana. Nuestro autor hace una serie de afirmaciones que constituyen una provocación. "El amor es la realización más completa de las posibilidades del hombre. Es la actualización máxima de la potencialidad de la propia persona [...] el amor verdadero perfecciona al ser de la persona y ensancha su existencia"<sup>74</sup>. Estas aseveraciones son un desafío porque parecen surgir de la nada y sin una justificación previa, pero no es así. El autor ha preparado el camino para poder inferir afirmaciones tan radicales.

La clave está en confrontar los prejuicios sobre el amor con el amor verdadero a partir del la experiencia y el auténtico sentido común, no el común sentir expresado en las opiniones más o menos vagas o acomodaticias para justificar una manera de vivir. La insistencia de Wojtyla acerca del amor verdadero se debe a que el hombre se confunde fácilmente: muchas veces cree amar cuando en realidad sólo busca placer, ignora quién es y por lo tanto cuál es la esencia de su naturaleza. De las ideas expresadas y explicadas anteriormente por el autor, es posible deducir que sólo el verdadero amor puede realizar al hombre plenamente. Veamos cómo el amor verdadero se dirige al auténtico bien y de una manera acorde con la naturaleza de la persona: necesita tanto de la reflexión como de la libertad. Por el contrario, el amor falso es un "amor malo": realmente no es amor<sup>75</sup>. Es por esto que la verdad libra al amor de la inestabilidad del sentimiento y de la estrechez de la simple emotividad<sup>76</sup>. El amor sólo de

---

72 *Metafisica della persona...*, p. 539.

73 *Metafisica della persona...*, p. 539. En las obras completas aparece una nueva subdivisión en la Segunda parte, el capítulo tercero, dedicando un apartado al amor de benevolencia: "L'amore come «benevolenza»".

74 *Metafisica della persona...*, p. 539. El texto en italiano dice: "'l'amore è la realizzazione più completa delle possibilità dell'uomo. E l'attualizzazione massima della potenzialità intrinseca della persona. [...] l'amore vero perfeziona l'essere della persona e ne sviluppa l'esistenza."

75 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 539.

76 Cfr. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, Roma, 29 de junio de 2009, n. 3. En adelante *Caritas...*

concupiscencia, es incompleto o falso, porque "no agota lo esencial del amor entre personas"<sup>77</sup>. No basta con desear a la persona como un bien para sí, sino que es necesario además, y sobre todo, querer el bien para ella: esto es el amor benevolente o benevolencia<sup>78</sup>. El amor, o es benévolo o sólo es una apariencia que esconde, simple y llanamente, al egoísmo. El problema no es que el amor de concupiscencia sea egoísta por sí mismo. Lo es cuando la persona lo busca como fin. El verdadero amor de concupiscencia se encamina a la benevolencia: desearle el bien a la otra persona dejando en segundo plano el deseo de la otra persona como un bien. Es desinteresado, libre y gratuito, dispuesto a hacerle el bien a la otra persona. La benevolencia acerca al amor más pleno: libre de intereses o condiciones<sup>79</sup>. No se puede negar que el amor entre un hombre y una mujer comienza siempre como amor de concupiscencia pero, para que realmente siga siendo amor, deben convertirlo en amor de benevolencia.

El amor de concupiscencia surge por la atracción de algunos valores parciales de la persona que atrae. Se dirige a la belleza exterior, en la que se descubre aquello que complementa a la propia persona, pero es la llave para descubrir la belleza interior: la benevolencia. El deseo de otra persona como un bien, la revela también como un bien útil que impulsa a descubrir el misterio que hay en su interior: desea más, desea la verdad integral de la otra persona<sup>80</sup>. La persona que ama, intuye que si sólo se queda ahí, inevitablemente la perderá y dejará de amarla.

El amor de concupiscencia elevado por la benevolencia, no sólo no niega naturaleza de las personas, sino que ensancha y plenifica su propia existencia porque para realizarse necesita de la persona entera: tanto su alma como su cuerpo. La preocupación por el bien de la otra persona, eleva el placer a un auténtico éxtasis que, cuando es recíproco, lleva a ambas personas a gozar con el otro. La libre renuncia del yo por el otro, hace nacer un nosotros. Ya no es un amor de ella y un amor de él, sino un amor único que

---

77 *Metafisica della persona...*, p. 539. La cita textual dice: "l'amore di concupiscenza non esaurisce l'essenziale dell'amore tra persone."

78 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 539.

79 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 539.

80 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 535.

los une y crea un vínculo entre ambos: una relación. Es por esto que sólo es amor cuando las dos voluntades miran en la misma dirección hacia su bien. Si sólo uno de ellos lo desea, el amor del otro se convertirá en obsesión que finalmente morirá por sí sola. El amor no es unilateral: siempre es entre dos. No es la suma de egoísmos, sino la libre voluntad de dos yo, de buscar el bien del otro. Y es entonces cuando es posible hablar de un amor maduro que ha pasado por el estado germinal para comenzar a crecer. El deseo de reciprocidad no niega el desinterés, sino afirma el carácter inviolable de la libertad de la otra persona que presupone una igualdad entre ambos y no una sumisión o dominio por parte de alguno de ellos.

Ahora bien, hay una especie de estado intermedio entre el amor de concupiscencia y el de benevolencia: la simpatía<sup>81</sup>. Es una palabra de origen griego que significa sentir o experimentar con el otro<sup>82</sup>. El verdadero amor de concupiscencia implica una especie de simpatía. Pero ésta se queda solamente en el sentimiento: sentir con el otro. No hace falta el concurso de la voluntad pues se experimenta de manera natural: surge sin elegirla. Es una especie de amor empírico en el que no interviene la voluntad más que aceptarla o rechazarla. Para que el amor siga madurando no basta con la simpatía, requiere de la benevolencia para que se convierta en amistad que, esa sí, necesita de la voluntad. La amistad es el compromiso objetivo de la voluntad de hacer el bien a la otra persona; por eso en sus inicios, la amistad es frágil y endeble, pues necesita de la acción de ambos, decidida y operativa, para que se mantenga.

La simpatía es una experiencia sensible y por lo tanto subjetiva, no una elección de la voluntad. La amistad en cambio, requiere de la acción objetiva de la voluntad, más que de los sentimientos. Para que la simpatía se convierta realmente en amistad, necesita tiempo y reflexión pero principalmente una actitud voluntaria con respecto a la otra persona que además sea recíproca. Podemos inferir que la amistad necesita de un mínimo de simpatía pues para poder hacer el bien a la otra persona es necesario

---

81 Es muy posible que el tema de la simpatía, Wojtyla lo haya aprendido de Scheler a quien se acercó con motivo de su tesis doctoral. Cfr. Scheler, Max, *Esencia y formas de la simpatía*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005. Tradujo José Gaos sobre el original alemán *Wesen und formen der sympathie* (1923).

82 Cfr. *Metafísica della persona...*, p. 545.

compartir y comprender, sentir con ella<sup>83</sup>. Es peligroso para el amor creer que la simpatía es amor, pues cuando menos se den cuenta, el trato continuo revelará algún aspecto negativo de la persona y entonces, lo que creían que amor, llegará a su fin. O peor aún, cuando la simpatía se enfoca sólo en los valores sexuales, terminará en una relación puramente erótica que llevará a ambos a un hastío tal, que ninguno de los dos deseará más el bien del otro, sino simplemente la explotación del otro como objeto de placer, hasta que termine por aburrir a ambos<sup>84</sup> o los celos comiencen a enrarecer la relación. Lo que recuerda las palabras de Octavio Paz en sus reflexiones acerca del amor: "El erotismo es una infinita multiplicación de cuerpos finitos. El amor es el descubrimiento de un infinito en una sola criatura"<sup>85</sup>. El erotismo sólo no es un camino a la benevolencia: es una espiral sin fondo en el que la persona se aleja cada vez más del amor y se encierra en su egoísmo, intenta satisfacer sus deseos exclusivamente concupiscibles. Comienza a dejar de quererse a sí mismo, porque el bien objetivo que busca no es de acuerdo a su naturaleza pues lo que el hombre necesita para llegar a la plenitud es a otra persona igual pero distinta: una relación cuyo vínculo es el amor.

Sólo el amor persigue el verdadero bien objetivo de la persona pues buscar el inestable bien subjetivo del placer o el sólo sentimiento, será como perseguir una sombra que se desvanecerá apenas la haya alcanzado. Cuando la relación se sustenta sólo en los sentimientos, se cree querer a la persona, pero en realidad está enamorado de una idea, a la que intenta hacer a su medida como un objeto que se puede manipular. El amor de benevolencia quiere a la persona tal y como es: con sus virtudes y a pesar de sus defectos porque está centrado realmente en esa persona. Incluso, ante la debilidad y los defectos, amará aún más al otro y estará dispuesto a ayudar en su mejoría. Amar no es sólo cuando la frescura de la juventud descubre la belleza de la persona, sino a la persona misma.

---

83 Cfr. *Metafisica della persona...*, pp. 548-552.

84 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 549.

85 Paz, Octavio, "El camino de la pasión: Ramón López Velarde", en *Cuadrivio*, 1ª reimpr. de la 7ª ed. (1965), Joaquín Mortiz, México 1989, p. 100.

Vemos entonces que, cuando libremente se desea el bien de la otra persona y se está dispuesto a buscarlo, implícitamente cree en la persona del otro y espera que sus acciones beneficien a la otra persona. Por eso, la amistad está fundamentada en la confianza: ambos saben que el otro es amigo porque libremente lo decidió. Entre un hombre y una mujer que han pasado del amor de concupiscencia al de benevolencia, pasando por la simpatía y la amistad, uno cree en el otro y viceversa. La gratuidad y fragilidad de la relación, aunada a la elección de estar con el otro, paradójicamente, aumenta la confianza en ambos que piensan: "me quiere sin merecérmelo, entonces puedo confiar". Con el paso del tiempo, la confianza en el otro se ensancha y da paso a una apertura cada vez mayor de la intimidad. Se comienzan a compartir pensamientos, sueños y deseos, el pasado, el presente y el futuro, las alegrías y las penas hasta que el amor, que cada vez pide más, comienza a pedir la vida entera: confiar su vida a la persona a la que aman y recibir la persona del otro para hacerla feliz. La benevolencia fuente inagotable y creadora porque busca siempre el bien.

De acuerdo a lo visto, cabe subrayar algunos aspectos importantes porque, con frecuencia, son causa de muchos fracasos y desilusiones en la vida humana. El amor no es sólo un sentimiento aunque muchas veces vaya acompañado de él. Tampoco es algo que llega o se va por sí solo, porque no es ajeno a la voluntad, sino una decisión libre y constante de hacerle el bien a una persona concreta: es querer amar. Como recuerda Benedicto XVI en su última Encíclica: "Amar a alguien es querer su bien y trabajar eficazmente por él"<sup>86</sup>. Descubrimos que el amor nunca es estático, sino que siempre pide más en vistas a la plenitud. Todo hombre percibe la necesidad de encontrar un complemento, sino de amar auténticamente y es capaz de advertirlo también con la razón: encuentra que la verdad acerca de su plenitud se encuentra ahí. Quien ama con amor de benevolencia tiene la convicción de que "el otro es más importante que yo"<sup>87</sup>.

---

86 *Caritas...*, n. 7.

87 *Metafisica della persona...*, p. 759. La cita textual dice: "l'«altro» è più importante di me".

## 8 EL TELOS DE LA LIBERTAD

En párrafos anteriores se ha esbozando el tema de la libertad, que ahora se tratará de redondear, puesto que es un elemento *sine qua non* el hombre no sería persona y no podría amar. Se ha visto que la libertad necesita de la razón. El conocimiento de la verdad despliega el abanico de posibilidades que tiene el hombre para autodeterminarse. Por otro lado, se advierte que la libertad no es un fin, sino la herramienta para autodeterminarse a través de la elección de sus propios fines, como ya se había mencionado al inicio. Es el único ser que puede elegir sus fines y el modo como los puede conseguir. Pero no cualquier fin es adecuado a la naturaleza del hombre ni todos lo llevan a desplegar todo su potencial y a descubrir la riqueza inscrita en su interior. Necesita de alguien igual pero distinto que lo impulse, haga descubrirlo y le ayude a actualizar su potencial. Pero necesita de alguien que libremente lo acepte.

Es posible inferir que no puede haber amor sin libertad. Se ama libremente o no es amor. "El amor consiste en el compromiso de la libertad: es un don de sí mismo, y "darse" significa precisamente "limitar su libertad en favor de otro"<sup>88</sup>. En una época en la que se sobreestima la libertad ¿no parece algo terriblemente negativo limitarla? Restringir o limitar la libertad sólo porque sí, efectivamente sería ir en contra de la verdad sobre la persona pues es una característica fundamental de ella. Por otro lado, no hacer uso de ella, sería una contradicción aún mayor. La manera de desplegar la libertad y llevarla a la plenitud es que ésta encuentre un por qué y lo único que da sentido y dirección a la libertad es el amor. Wojtyla dice que el hombre desea el amor más que la libertad, porque la libertad es un medio y el amor un fin<sup>89</sup>. La persona desea un amor verdadero con el cual comprometerse; pero al mismo tiempo experimenta una cierta tensión entre el impulso sexual que lo acercó a la otra persona y las exigencias que surgen de la verdad sobre la persona. Es por esto que la libertad cobra un sentido primordial: exige responder y comprometerse.

---

88 *Metafisica della persona...*, p. 596. La cita textual dice: "L'amore consiste nell'impegno della libertà: è un dono di sé, e «donarsi» significa precisamente «limitare la propria libertà a vantaggio di altri»".

89 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 596.

Ciertamente el *telos* de la libertad es el amor. La libertad está hecha para amar, porque el hombre está hecho para amar: para buscar el verdadero bien que lo lleve a la plenitud y a la felicidad. Y la forma más plena de amar es desearle de tal manera el bien a la otra persona que se decida materializarlo con la entrega del bien máspreciado que se puede dar: la propia persona. La finalidad de la libertad en su sentido más pleno, es la donación recíproca entre dos personas de sexo distinto porque implica tanto el cuerpo como su interioridad espiritual. Se ha visto que la tendencia sexual es el origen de todo lo que sucede al hombre en el campo sexual en el que no interviene su voluntad, lo que prueba que la sexualidad es parte constitutiva del ser humano que no se puede separar de su propia realidad porque atraviesa a la persona entera. No es algo que sucede sólo a su cuerpo, sino a la persona en su totalidad.

Asimismo, no son ciertas actividades las que hace el hombre libremente, sino que todo él es libre. Por lo que se puede afirmar que todos sus actos están configurados por la libertad, pues ésta es una manifestación del ser personal. La entrega de la propia persona en su totalidad, es la decisión más radical que puede realizar el hombre. Es el acto libre más pleno del que es capaz pero que, como se trata de personas, no puede ser un acto que se agote en un punto del tiempo sino una decisión omniabarcante de la vida humana: se realiza a lo largo del tiempo. Se podría afirmar que es una acción diacrónica destinada a reconfigurar a las personas que libremente lo han decidido.

## II LAS EXIGENCIAS DE LA DONACIÓN RECÍPROCA

En el capítulo anterior quedaron situados los puntos de partida de Wojtyła. El valor y la centralidad de la persona humana, así como el deber que se desprende de la verdad acerca de la persona: la norma personalista que entrelaza inseparablemente los conceptos de persona y amor a través del vínculo objetivo del bien común. Si el hombre es persona, la única manera justa de tratarla es con amor. Se vio que el amor sólo puede ser entre personas: uno y otro se reclaman mutuamente. Al mismo tiempo logra también articular el bien en esta misma fórmula: el amor implica el bien y, el bien máximo es la persona puesto que es un fin en sí misma. A simple vista, parece un asunto sencillo y demasiado fácil de comprender, sin embargo, en la vida real no se presenta así de sencillo: es un trabajo arduo y exigente que comprende toda la vida. La capacidad de autodeterminación es un regalo y, a la vez, una tarea a realizar para llegar a la plenitud. Una tarea que está dirigida a la donación de la propia persona y a elegir a quién se le entregará, al mismo tiempo que a acoger a la otra persona que recíprocamente se ofrece como un don inmerecido. Ambos, hombre y mujer, al amarse libremente y entregarse recíprocamente desean que aquello no acabe nunca: intuyen que es la decisión más trascendente de su vida y desean que su amor sea fecundo: que la otra persona sea feliz y que ese amor se materialice en los hijos. Decíamos antes que el amor de benevolencia es creador: ambos desean formar una familia. La realidad, incluso en las regiones del mundo donde se vive un estilo de vida hedonista y liberal, hombre y mujer desean el matrimonio precisamente cuando quieren formar una familia.

La donación recíproca es el acto supremo de la libre voluntad; es dar la propia persona y recibir, como un don, la persona del otro; es ofrecer la propia vida y recibir la persona de otro sin merecerlo. Lo que sucede es que el don supera el mérito, porque su norma es sobreabundar<sup>90</sup>. No es un hecho material sin más, en el que dos personas se dan mutuamente su cuerpo, sino también y muy especialmente su espíritu, al que no

---

<sup>90</sup> Cfr. *Caritas...*, n. 3.

renuncian, sino del que disponen libremente no para un solo acto, sino para toda la vida. La donación entonces, no puede ser sólo sincrónica –aunque en su origen lo es- y detenerse sólo en un acto. Es, al mismo tiempo, diacrónica: comprende el pasado, el presente y el futuro de ambas personas. Lo que supone, tanto la entrega del hoy y el ahora, como del ayer y del mañana, pero también recibir el pasado, el presente y el futuro del otro como un don, a quien debe ayudar a darle sentido al ayer y hacer fructificar el presente en el futuro.

## **1 LA LIBERTAD: EL PUNTO DE PARTIDA**

Decíamos antes que la decisión libre de trabajar eficazmente por el bien del otro, actualiza la potencialidad de la libertad al abrirse al mayor bien que puede haber: la persona. La auténtica libertad siempre es creativa; da al hombre la posibilidad de transformar y crear. Nos serviremos de un ejemplo para ilustrarlo. Un empresario crea una empresa porque desea poner en obra todo aquello que ha imaginado producir, transformar o construir; además, espera que esa empresa produzca utilidades porque si no lo hace, estará condenado a la ruina antes siquiera de empezar. Cuando menos tiene que ser económicamente sustentable para poder permanecer en el tiempo. Ese hombre puede hacerlo porque piensa y es libre. La libertad es la herramienta creadora del hombre. En el amor, que es donde el hombre compromete toda su persona, la libertad es el punto de partida. Decíamos antes que no puede haber amor sin libertad, pues el amor es buscar con la creatividad de la libertad, el bien del otro.

El acto inicial de la entrega no es arrancar un programa y echarlo a andar. Es la decisión más ardua y compleja que un hombre puede tomar, porque compromete la vida entera y conlleva la posibilidad intrínseca de dar como fruto la existencia de nuevas personas. El acto inicial es abrir la puerta a un nosotros que llame a la existencia también a otros. Es recíproco y sincrónico: exige que ambas personas den su consentimiento y que, además, lo hagan en el mismo acto. El significado de la donación va mucho más lejos que la simple entrega de un objeto en el que, como decíamos antes, quien lo da en ese momento pierde toda responsabilidad sobre él aún cuando tenga garantía. La garantía de un objeto que se da, es una especie de seguro contra los vicios ocultos. La entrega de la propia persona sólo la puede garantizar la persona

misma, expresándola en el acto inicial. Sin embargo, nos encontramos ante una verdadera paradoja: la libertad es un riesgo que supone la imposibilidad de calcular y por tanto de garantizar nada, en el sentido real de la palabra. En el espacio de la libertad y por lo tanto del amor, no existen cantidades ni cálculos, porque ni siquiera se conoce uno a sí mismo y no se sabe si será capaz de afrontar la palabra y el consentimiento dado. El compromiso no es hacer o entregar algo, sino ofrecer la propia voluntad sobre la que sí se tiene poder. Efectivamente la libertad es un riesgo, no obstante, es lo único que posibilita amar.

La libertad y el amor no sólo están al principio sino también al final, pues tienen un poder que abarca y da origen a todo el ser. En el hombre, la libertad está por encima de la necesidad o la tendencia. La sobreabundancia de la libertad que muestra infinitas opciones de elección, en el amor apunta a una sola persona y la elige de entre millones. Es una elección al mismo tiempo que una renuncia porque la libertad es para el amor. Igualmente el pensamiento es creador sólo cuando se dirige al amor. La plasticidad de la persona que se refleja en su interioridad, debida a la libertad nos hace conscientes del esfuerzo que se requiere de la voluntad para poder amar, pues, el amor no es un sentimiento, sino un continuo acto de la voluntad que requiere de la inteligencia, de los sentidos y de todas las capacidades del hombre en vista de la entrega a una persona concreta. Se requiere una continua decisión de seguir amando a la persona que se entregó la vida, pues ambos han llegado a este punto por una decisión libre que compromete su vida entera y toda su persona, pero a partir del acto de donación ¿qué exige el amor?

## **2 LA EXCLUSIVIDAD**

Lo expuesto hasta ahora conduce a una situación en la que la exclusividad responde a una especie de necesidad en el amor entre un hombre y una mujer. La exclusividad es una libre renuncia para entregar la propia persona a nadie más que a la persona que se eligió darse. Es una afirmación y una negación: es decir sí a una persona concreta y la negación de elegir a alguien más para entregarle la propia vida. A partir del momento en que se hace pública la entrega, ya no es sólo lo que subjetivamente siente uno por el otro, sino un vínculo objetivo creado libremente por ambos. Pero ¿tendrá alguna

importancia hacerlo público si es un compromiso entre dos personas? Cuando dos personas se aman con un amor de benevolencia y se sienten seguros de querer entregarse mutuamente, ambos desean que la sociedad reconozca también el vínculo objetivo de unión y no solamente permanecer con el deseo de hacer el bien.

Es importante señalar un detalle. El amor entre un hombre y una mujer inicia con una enorme carga subjetiva enfocada a un objeto concreto que es la persona que ejerce la atracción; conforme madura el amor, la materia objetiva se ensancha y deja un poco de lado la subjetividad que nunca desaparece pero que, a partir del acto inicial de la donación recíproca, se apoya en un vínculo objetivo cada vez más sólido y firme porque ambos así lo desean y no solamente, en lo que cada uno siente subjetivamente. Se observa con frecuencia la falsa creencia de que el matrimonio –religioso o civil– afianzará una relación endeble o tambaleante. La experiencia dice que no es así. Es cierto que el inicio del amor está marcado por una especie de inseguridad: ambos sienten intensamente el amor pero son conscientes de la fragilidad de aquello que los une. Saben que no tienen derecho al amor de que son objeto, que es un regalo inmerecido y que, por eso mismo, en cualquier momento aquello puede acabar. No hay una razón por la que una persona haya elegido a la otra pero quiere estar con ella y acepta que la ame. La conciencia de la fragilidad lleva a ambos a desear un vínculo objetivo.

Ahora bien, el vínculo no puede ser la causa de la unión, sino al contrario: una consecuencia del amor benevolente. No es una imposición externa lo que puede unir a dos personas, sino su propia voluntad que los hace desear que esa unión sea para toda la vida. Lo anterior no es una simple especulación, sino que es el resultado de la experiencia histórica, que surge de lo más profundo del corazón del hombre. Incluso para un observador superficial, es evidente que el hombre desea un amor verdadero y para alcanzarlo tiene que excluir la posibilidad de que la otra persona entregue su persona a nadie más: pide ser exclusivo. Es suficiente con observar lo que sucede hasta en los casos aparentemente más opuestos que veníamos analizando. Las personas con filosofías de vida liberales y disolutas, cuando recurren al matrimonio expresan públicamente que ahora sí han encontrado "al amor de su vida" y están

seguros, se ven envejeciendo junto a esa persona y por eso contraen matrimonio. Además, curiosamente desean tener hijos y formar una familia con esa persona. Quieren que esa unión se convierta en una relación objetiva que sea reconocida como tal por la sociedad.

La idea de que lo uno y lo general es siempre lo más perfecto, a diferencia de lo múltiple y lo particular que ocupa un lugar menor en la jerarquía de las sustancias, lo aprendimos de los griegos. Sin embargo, el amor rompe por completo con esta idea y nos hace descubrir que lo particular, la persona, es lo supremo. La singularidad de cada persona, en su actuar libre, permite inferir que esa irrepetibilidad es realmente lo excelso. Esta es la razón por la que el amor exige exclusividad. El amor es uno: el que existe ese hombre y esa mujer particulares. Nuevamente subrayamos que el amor siempre es entre dos personas. Ni siquiera es posible decir que una madre quiere a todos sus hijos. Estrictamente quiere a uno y quiere a otro. Esa es una relación exclusiva entre ella y ese hijo. Quiere al otro y es otra relación de la madre ahora con ese otro hijo. El verdadero amor es exclusivo pero no excluyente. El amor entre hombre y mujer es de dos vías: de una hacia la otra y viceversa. Si no es recíproco, es amor platónico, que en realidad no es amor, puesto que no se queda más que en el deseo y no lleva a la persona a hacer el bien al otro porque la persona que es objeto del amor, no lo acepta: no es amor benevolente. Si no es exclusivo, entonces no es amor sino puro erotismo o promiscuidad.

En el amor entre un hombre y una mujer, el vínculo objetivo del bien crea una relación de amor entre esas dos personas diferentes en forma de ser, pero complementarias<sup>91</sup>. La elección de una persona concreta, no determinada por el azar o por sus atributos, nos deja ver que es forjada por la libertad desde su inicio. El compromiso de entregar la propia vida es a una persona específica. Desde el inicio del amor, se eligió a esa persona y no a otra. Muchas veces sucede que no se conoce ni siquiera el nombre de

---

91 Podemos observar la evidencia de este hecho, paradójicamente en las relaciones entre personas con una práctica de vida homosexual, totalmente contrarias a la verdad sobre el hombre. El arquetipo de estas relaciones siempre responde al mismo modelo unidual: uno toma el papel de varón y el otro el de mujer.

la persona que atrae, sin embargo, se le identifica perfectamente y hacia ella va dirigida la atención: no es lo mismo una que otra. Conforme el amor crece la exclusividad se hace más patente. La persona que ejerce atracción sobre la otra ocupa cada vez más la interioridad del otro: sus pensamientos, sus deseos, su imaginación. Cuando ambos se comprometen a darse recíprocamente, lo hacen no como anónimos, sino él para ella y ella para él. Pero no se comprometen sólo a conseguir un bien que será común como en la sola amistad, sino que ellos mismos se ofrendan como un bien para el otro y se reciben mutuamente. Una vez que lo han hecho, no se pueden conformar con que la otra persona mantenga su decisión sólo si le place o si no encuentra a alguien más en el camino.

Se sostiene que el amor es exclusivo pero no excluyente, pues el verdadero amor es fecundo: ambos esperan que fructifique. La libertad para el amor es plenamente creativa y por eso se espera que dé fruto. Quien verdaderamente ama desea el bien, por lo que toda acción que realiza es creadora: ansía que su amor madure hasta llegar a la plenitud. La donación recíproca es una afirmación tanto de la persona del otro como de sí mismo: es un "sí es bueno que tu existas" y "sí quiero ser un bien para ti: el mayor bien que puedo ofrecerte y que te va a hacer feliz". La afirmación es la justa actitud con respecto al valor de la persona. Recordamos que el amor comenzó dirigiéndose a los valores sexuales de una persona concreta: los bienes concupiscibles; después descubrió en la otra persona el amor útil, pero ahora quiere que sea benevolente. Ahora, la persona desea hacerle el bien a la otra y por eso es capaz de ofrecerle el mayor bien que posee: su propia persona. El vínculo objetivo que ambos decidieron y aceptaron libremente pide ahora que se mantenga mientras ambos estén con vida.

### **3 LA TOTALIDAD**

En la donación recíproca, el amor es omniabarcante: pide la totalidad corpóreo-espiritual y la actualización diacrónica. Exige de las personas lo mejor de cada una: el continuo bien y el bien mayor. La persona que ama y que se sabe amada, descubre que es más y que puede ser mejor para el otro; advierte que la otra persona ha logrado sacar su mejor "yo", como lo decía el poeta Pedro Salinas:

Perdóname por ir así buscándote  
tan torpemente, dentro de ti.  
Perdóname el dolor, alguna vez.  
Es que quiero sacar  
de ti tu mejor tú.  
Ese que no te viste y que yo veo,  
nadador por tu fondo, preciosísimo<sup>92</sup>.

La entrega total de la persona refiere a un acto diacrónico. El amor benevolente que lleva a las personas a entregarse mutuamente, no significa pasar un tiempo con alguien, sino darse al otro. No durante los fines de semana o cuando ambos deseen tener relaciones sexuales, sino la vida entera: todo lo que conforma su pasado, lo que cada uno es y lo que llegará a ser.

La libertad hace posible el acto de la voluntad de entregar incluso el incierto futuro. Es aquí donde quizás se ve claramente que el pasado deja huella en la persona e influye en el presente y en el futuro. En el ser humano, el pasado tiene un carácter ineludible que se presenta como un factor decisivo en el desarrollo de la vida humana: de alguna manera configura el presente y el futuro. En la sabiduría popular se dice que "lo hecho, hecho está". El pasado no se puede borrar ni cambiar: es constitutivo de cada persona. No es un factor determinante pero tiene un peso específico. Las elecciones acerca de la forma de vida configuran y dejan huella en la persona: forman hábitos –tanto positivos como negativos- que difícilmente se pueden desarraigar, por eso también se dice que el hombre es un animal de costumbres. Esto es debido a la plasticidad de la interioridad humana.

Hemos visto que la libertad es capaz de reconfigurar por completo a todo el ser del hombre, que es capaz de determinarse a sí mismo y dirigir su pensamiento y su actuar a la búsqueda del bien de la otra persona: sólo el amor verdadero puede arrastrar a la persona entera a modificar sus hábitos y dirigirlos al bien. Por eso, no es extraño que la intensidad al inicio del amor sea la causa de que la persona experimente un cambio

---

92 *Poemas escogidos*, Espasa Calpe, Colección Austral, sexta edición, Madrid 1978, p. 75.

positivo de actitud hacia la vida entera: la persona que ama proyecta al futuro lo mejor de la persona amada y ésta es capaz de descubrirse a sí misma mejor de lo que es, a través de la mirada del otro. Cuando la entrega es total, entonces el amor es capaz de llevar a ambos a un verdadero éxtasis –salirse de uno mismo- que posibilita un autoconocimiento más profundo y un enriquecimiento del ser mismo<sup>93</sup>. Es el reconocimiento del yo a través del otro. Es por esto que el amor es afirmar a la persona: se le reconoce y ama como tal y se le ayuda a terminarse a sí misma y llegar a la plenitud.

La libre decisión del don total de sí, es la actualización permanente de la entrega: es desear, pensar y hacer en función de la persona a la que se ama. Todos los actos y decisiones que impliquen la propia vida ya no pertenecen a uno sólo, porque ha entregado la vida. Están también en función de la otra persona, del bien de ambos y de las personas que comiencen a existir como fruto de su amor. Es ser uno con el otro, sin dejar de ser uno mismo: es la unidad en la pluralidad y la pluralidad en la unidad. Es no perder la propia identidad, sino enriquecerla abriéndose al otro: es afirmar el tú y aceptar el yo. La unidad de la diferencia afirmada desde el inicio, da lugar entonces a un nosotros: la unidad que da origen a la multiplicidad. La donación recíproca es entonces una relación que lejos de ser accidental se manifiesta es una dimensión de la sustancia que es causa del ser: el amor<sup>94</sup>.

Se ve nuevamente la necesidad absoluta de la libertad para el amor. La esencia del amor es el compromiso de la libertad<sup>95</sup>. Sin embargo, la experiencia de la auténtica libertad es inseparable de la verdad acerca del hombre: que tanto la tendencia sexual como la afectividad deben estar ordenados al amor, es decir al verdadero bien de la persona. El amor engloba la existencia entera y tiene sabor de eternidad<sup>96</sup>. Por eso, es posible afirmar que el amor es verdad y la verdad es amor. Ahora sí, se puede responder a la pregunta formulada inicialmente ¿no usa el hombre a la mujer en las

---

93 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 586.

94 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 575.

95 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 576.

96 Cfr. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, Roma, 25 de diciembre de 2005, n. 6.

relaciones sexuales y viceversa? si el hombre es una unidad radical que llamamos persona, una unidad inseparable de materia y espíritu o cuerpo y alma, el amor y sólo amor, hace posible que ambos apunten al verdadero bien de la persona. Entonces se entiende que el auténtico amor en la entrega mutua no excluya ni al cuerpo ni al alma, sino que la persona entera ama y se entrega en cuerpo y alma a otro igual pero distinto de ella. Entonces, sólo el amor puede articular integralmente la realidad cuerpo/espíritu y unir a dos personas concretas que han decidido entregarse mutuamente. La totalidad del hombre es cuerpo y alma, por eso la donación recíproca apunta a la plenitud.

#### **4 LA INCONDICIONALIDAD**

La donación de la propia persona exige una total incondicionalidad: a diferencia de la entrega de un objeto, que se puede usar, prestar, olvidar o tirar, la entrega de un sujeto no puede darse sin el consentimiento del propio sujeto y sin una correspondencia. No es una compensación, pues no se habla de un objeto por el que se paga el precio acordado al cambio, en el que la destrucción u obsolescencia del objeto una vez que se ha llevado a cabo el trato, ya no es responsabilidad del propietario original. La donación de la propia persona supone la conciencia de que no es sólo un acto de entrega y, a partir de ahí, nos podemos desentender del don o regalo que ha hecho a la otra persona, sino una actualización continua de la donación a lo largo del tiempo y mientras se tenga vida y se pueda disponer de ella. Asimismo, supone recibir la persona del otro de la misma manera, a lo largo del tiempo mientras dure la vida. Tanto la entrega como la acogida, aunque necesitan la expresión del consentimiento en un acto concreto y simultáneo, no se agotan en él. Es una especie de consentimiento retroactivo, una entrega/acogida diacrónica. Esto es, la entrega se actualiza a lo largo del tiempo en cada acto libre de ambas personas. El refrán popular “nadie da lo que no tiene” se hace patente en el acto de la donación recíproca. Es necesario poseerse para poder entregarse, no obstante, paradójicamente, la donación del propio yo y la acogida del don de la otra persona coadyuvan en esa ardua tarea de poseerse a sí mismo: de ser dueño de sí en busca del bien del otro. La persona es el único ser capaz de autoposeerse y por tanto, capaz de darse a sí mismo.

El apartado anterior sostenía que la incertidumbre del futuro hace a ambos conscientes de que no entregan al otro algo con garantía, sino también lo que ignoran de ellos mismos y al mismo tiempo reciben a la persona del otro con su contingente realidad. Aún cuando lo que comprometen es su libertad y todo lo fortuito que implica ésta, la entrega de la propia persona implica la voluntad para siempre, porque el único garante es la palabra dada, respaldada por quien la ofrece. En ese sentido, el amor es más que nada un acto de fe, de confianza en una persona concreta con rostro y nombre, con una historia única a la que está uniéndose a partir del acto de entrega mutua. Ambos comienzan a escribir una nueva biografía que, si fructifica, dará origen a nuevas biografías que nada ni nadie podrán borrar de la historia. La donación recíproca es el acto de fe más riesgoso y a la vez el más trascendente que un hombre pueda realizar.

Volvamos al punto que nos ocupa. Condicionar la entrega supone pedir garantía: si pasa esto, entonces puedo devolver el producto, si no se cumple aquello, puedo reclamar mi pago. Sin embargo, como no hay nada que valga más que la persona, nada puede hacer de garante en la entrega de la persona más que ella misma. Si realmente es amor, la entrega no puede condicionarse a algo, porque “algo” tiene siempre un valor menor que “alguien”. Los recientes acuerdos prenupciales de las sociedades del mal llamado primer mundo, muestran que ninguno de los dos están dispuestos a un amor de benevolencia: cuando menos alguno de los dos realiza una transacción y el otro se presta a ella. En lo más profundo de su ser, ambos perciben que no es el amor lo que los une.

## **5 LA INDISOLUBILIDAD**

Quedan algunas cuestiones por resolver. ¿Puede haber algo que destruya o elimine el vínculo que une a dos personas que libremente han decidido unir sus vidas? Por reflexiones anteriores se podría concluir que no, pero parece haber una pequeña fisura en donde podría caber. Si la libertad es necesaria para el amor ¿qué pasará si una de las dos personas pierde la conciencia y junto con esta, la razón y la voluntad? Es decir, si el amor es un acto de la voluntad ¿qué pasa con el vínculo, si por una enfermedad uno de los dos perdiera la razón o la capacidad de decidir libremente y entonces, ya no

podiera actualizar la entrega al otro? ¿En ese momento se podría "rescindir el contrato" o prescribiría la entrega por la incapacidad real de uno de los dos?

En el apartado anterior se afirmó que si de verdad es el amor la causa de la donación mutua, la entrega no puede estar condicionada a que la otra persona mantenga sus facultades siempre tal y como fue al inicio de la entrega: esa es la contingente realidad del hombre. Justamente aquí aparece la profunda significación de la acogida de la otra persona como un don. A quien se recibe es a una persona y no sus atributos. No está por demás recordar que así es el amor auténtico incluso en sus inicios: no eran sus características o accidentes las que acercaban al hombre a la mujer o viceversa, sino la persona entera. Esto es, a quien se recibe en el acto inicial de la entrega fue a una persona y no sus cualidades. El compromiso de la libertad tiene el mismo alcance que la vida de las personas: mientras la otra persona tenga vida, uno se responsabiliza – está dispuesto a responder- por el otro. El amor es verdadero cuando realiza su esencia dirigiéndose hacia un bien auténtico y de manera conforme a la naturaleza de ese bien<sup>97</sup>. Ese bien es nada menos que la persona misma y la naturaleza es de fin. La donación recíproca es la consecución más completa de la norma personalista. Significa hacerse cargo de la otra persona mientras tenga vida: asumir su existencia como si fuera la propia. Se observa de alguna manera que la incondicionalidad es la causa de la indisolubilidad.

---

97 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 539.

### III. LA TRASCENDENCIA DE LA DONACIÓN RECÍPROCA

A lo largo de las reflexiones, se han descubierto una serie de aspectos sobre el amor que surgen de la realidad acerca de lo que es el hombre, a través de lo que manifiestan sus propias acciones y sus más profundas aspiraciones. Se ha visto que la donación recíproca no puede ser más que entre personas y una condición inicial es la libertad. En el apartado I.8 se planteaba que el hombre desea más el amor que la libertad, puesto que la libertad es un medio y el amor un fin; que cuando realmente se ama, se está dispuesto a olvidarse de sí para ver por el otro. Y precisamente cuando la voluntad de hacerlo es recíproca, ambos saben que el otro es capaz de visualizarlo mejor de lo es en realidad. La identidad de ambos se ve acrecentada porque ya no está solo frente al mundo, sino con alguien igual pero distinto y complementario. Alguien que busca su verdadero bien.

Si el amor, como lo dice Tomás de Aquino<sup>98</sup> y lo hace suyo Karol Wojtyła, es desear el bien al otro, ofrecer el don de sí es el mayor bien que puede dar una persona. Al ser la máxima manifestación de la autodeterminación, exige una correspondencia recíproca que une a ambos de la manera más permanentemente temporal y envuelve la totalidad de los dos en una relación intersubjetiva “yo-tú”. Lo que a su vez implica una apertura a la participación, fruto de esa singular donación plena: la paternidad y la maternidad, que da paso a un nosotros inclusivo a otros “tú” que no son el yo-tú fundantes.

Es importante volver a la pregunta acerca de si en las relaciones sexuales el hombre no utiliza a la mujer para su propio provecho en busca de placer y viceversa. Se decía que las relaciones sexuales entre personas no pueden reducirse a un acto meramente corporal porque la entrega de la propia persona implica tanto la realidad corporal como la espiritual, el pasado, el presente y el futuro: la intimidad. Ahora bien, una persona que ama verdaderamente a otra, tiene la convicción de que "el otro es más importante que

---

98 Aquino, Tomás de, *Summa Theologiae*, I-IIae, q. 27. Wojtyła se refiere a la cita de Tomás de Aquino en la *Summa Theologiae*, II-IIae, q. 31

yo"<sup>99</sup>, lo que hace de cada relación sexual entre un hombre y una mujer, que realmente se aman, una auténtica entrega de la propia persona en provecho del otro y no por el deseo de placer sólo para sí. "El otro es más importante que yo" purifica de todo egoísmo cada relación sexual e incluso lleva a cada persona a dar más de sí en busca del bien del otro: no se anula el placer sino que, cuando el otro consigue el bien, el placer se eleva a un verdadero gozo. El bien compartido es mucho más gozoso que el de uno solo: es lo único que le da sentido y hondura a la vida humana.

En las relaciones sexuales, la decisión libre de ofrecerse como el mayor bien del que se puede disponer, lleva consigo y previamente, la confianza de que aquel a quien se entrega, va a cuidar de él. Sólo quien está seguro tanto de su firme decisión como de la disposición de la otra persona de entregarse, es capaz de confiarle su intimidad. La confianza debida al amor elimina el pudor natural de mostrar el cuerpo. Se entiende por pudor una reacción natural a ocultar de la vista o del conocimiento de los demás aquello que forma parte de la interioridad de cada persona; se podría decir que es el cuidado de aquellas cosas que voluntariamente deben permanecer en el interior; el pudor responde a una necesidad natural de conservar en el interior ciertos hechos y valores que no se exteriorizan ante personas que son ajenas al mundo interior de esa persona concreta. El pudor sexual es un aspecto particular del cuidado de la intimidad corporal y está ligada a los valores que determinan el sexo de la persona, que surge de forma natural en el ser humano y es un efecto de la conciencia, no del orden moral sino en general. En el discutido fenómeno del pudor sexual<sup>100</sup> se observa una cierta regularidad: los

---

99 *Metafisica della persona...*, p. 759. La cita textual dice: "l'«altro» è più importante di me". Cfr. Cita 87.

100 Aún cuando no es el tema del presente trabajo cabe hacer algunas observaciones al respecto. Todo parece indicar que mostrar la desnudez corporal responde siempre a una cierta confianza. Un ejemplo de ello son los rituales de algunas tribus africanas en los que, tanto hombres como mujeres, muestran su desnudez. Independientemente del significado del ritual, los integrantes de estas tribus no aceptan observadores extraños, sino sólo a aquellos que están dispuestos a respetar todos los aspectos del ritual incluyendo la desnudez que está supeditada a un rito sagrado. Esto es, se absorbe el pudor sexual porque todos confían en que los demás comprenden el significado de aquello. Otro caso, aún más paradójico, y por ello más interesante para nuestra reflexión, es el caso de las comunidades nudistas. Los nudistas no lo son, si no se sienten protegidos por personas con las mismas costumbres: necesitan un mínimo de confianza en los otros para saber que no serán observados en su desnudez. Un ejemplo de esto fue el tristemente memorable viaje de algunos miembros de una comunidad norteamericana de este tipo que hace algunos años, organizó un vuelo *charter* con destino a la playa mexicana de Cancún. La principal condición que impusieron los organizadores al gobierno del Estado de Quintana Roo fue que

valores sexuales se muestran sólo a aquellas personas que se han ganado la confianza y nunca ante la vista de cualquiera.

En las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer que han decidido entregarse mutuamente para toda la vida y sin condiciones, la desnudez corporal, aunque parece sólo un aspecto de la entrega de la persona, es una de las manifestaciones más profundas del amor de benevolencia. Ahora bien, para que realmente sea una manifestación del amor, implica entregar no sólo el cuerpo, sino los sentimientos, afectos y emociones y el pensamiento, así como las huellas del pasado y las posibilidades futuras, a la otra persona. Recordamos que, si el amor es desear el bien del otro, el deseo de agradar y hacer feliz a la otra persona en un acto que incluye a toda la persona, cada uno deberá poner todas sus capacidades en esa entrega mutua: el deseo de ser un bien para el otro en el acto sexual exige un arduo trabajo tanto de la inteligencia y de la voluntad para saber y hacer lo que el otro necesita y no lo que a uno le apetece con el fin de conseguir placer. Las relaciones sexuales exigen siempre dar lo mejor de sí: comprender no sólo los deseos de la otra persona, sino sus sentimientos, sus afectos, su pasado, su persona: compenetrarse en el interior de la otra persona y viceversa. Esto es, facilitar al otro el conocimiento propio: darse a conocer.

Es necesario subrayar algunos aspectos importantes que suceden en las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer que se aman. El deseo de amar por benevolencia engrandece el amor de concupiscencia. Transforma el placer no sólo en un bien deleitable, sino que lo eleva para hacerlo además, gozoso. El placer se convierte en gozo al advertir que se es verdaderamente un bien para la otra persona, lo que contribuye a fortalecer el vínculo entre esas dos personas. Ahora bien, ¿qué es lo que sucede en el caso contrario, cuando se tienen relaciones sexuales porque ambos creen amarse pero no han decidido entregarse total, plena e incondicionalmente? Lejos de unirlos, ambos comenzarán a evidenciar la grieta entre el deseo y la realidad.

---

debían asegurarse de que no habría "curiosos" ni el aeropuerto, ni en el trayecto a la playa del hotel que, a su vez, debía estar también a resguardo de las miradas de extraños durante su estancia. Además, se les exigió a los empleados que los atenderían, que mantuvieran su vista en sus labores y no en ellos.

Aunque crean que se aman, perciben que esa entrega que exige darse enteramente, sólo es aparente pero no real; porque no ha habido una clara y plena expresión de darse mutuamente, sino por esa ocasión o por un tiempo: mientras los dos estén dispuestos. La forma de ser de la mujer que se había mencionado, hace presa de ella en estas situaciones de tal manera, que al finalizar la relación sexual el placer se revierte y cede su lugar a una gran insatisfacción y una dramática sensación de vacío interior porque no hay nada que asegure el futuro. En lo más profundo de su ser experimenta que ha sido utilizada, incluso si ella misma lo buscó. Si las relaciones sexuales son debidas a la insistencia de él y aceptadas por ella, pensando que así podrá él estar seguro de que ella lo ama, ordinariamente al cabo de poco tiempo se dará cuenta de que fue utilizada y él la desechará.

Existe un riesgo casi imperceptible, pero de suma importancia. Cuando un hombre y una mujer que creen amarse y desean unir sus vidas para siempre pero no lo han hecho y tienen relaciones sexuales, el paso del tiempo deja ver que aquello lejos de unirlos, se encarga de separarlos: responder sólo a la tendencia sexual cobra su factura. En las primeras dificultades, uno y otro se preguntarán: “si lo hizo conmigo ¿no lo habrá hecho o lo hará con alguien más?”

Las relaciones sexuales exigen de la mujer, además del deseo sexual, su disposición afectiva<sup>101</sup>. Esto parece tener también una causa biológica: la curva de excitación es más lenta en la mujer, por lo que necesita que las relaciones sexuales se desarrollen en un clima de afecto y, dice Wojtyla, de ternura<sup>102</sup>. Con el paso del tiempo, al hombre le puede parecer natural que las relaciones sexuales estén desprovistas de toda manifestación afectiva, lo que lleva a un gran desasosiego a la mujer y después a ambos. Ésta parece ser una de las principales causas de la frigidez en la mujer que, al mismo tiempo, propicia una enorme inseguridad en él y los cada vez más frecuentes problemas de erección. La necesidad de afecto de ella, se verá ensombrecida por el deseo sexual de él y la relación de ambos terminará por verse seriamente afectada.

---

101 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 760.

102 Cfr. *Metafisica della persona...*, p. 677.

Pero volvamos al tema que nos ocupaba: cada acto sexual entraña la posibilidad de llamar a la existencia a una persona. Un hombre y una mujer que se aman, en cada acto sexual, realizan uno de los actos más sagrados que un ser humano puede realizar, porque simultáneamente entrega su persona, acoge el don de la otra y ambos, pueden dar vida a una nueva persona.

El amor tiene sabor de eternidad: va más allá de las personas que dieron origen al vínculo que las une, porque el bien es de suyo expansivo. El amor trasciende a las personas, tanto en los hijos, como por el bien que comunican.

## **1 LA FECUNDIDAD: EFECTO DE LA DONACIÓN RECÍPROCA**

El amor se rige por la lógica de la sobreabundancia que no coincide con la lógica matemática puramente racional, porque el hombre no es sólo razón, sino una unidad radical de cuerpo y alma. La lógica de la sobreabundancia se manifiesta en la libertad - como se mencionó en el apartado II.1- pero también en la biología, lo que llevaría a preguntarnos ¿por qué tanto desperdicio hormonal de la sobreabundancia de espermatozoides para que de ahí sólo surja *un* ser humano? ¿por qué para llegar a la concepción de una persona se necesita tanto tiempo y tanto esfuerzo? ¿no será desproporcionado? La respuesta es que se trata de personas: de *alguien* que está llamado a la trascendencia, lo que exige todas las capacidades y posibilidades de dos personas que libremente deseen entregarse mutuamente porque quieren y saben que el bien es expansivo. Nuevamente recordamos que el don supera al mérito, porque su norma es sobreabundar<sup>103</sup>.

La posibilidad de procrear, de llamar a la existencia a una persona, fruto del amor entre un hombre y una mujer, abre una perspectiva trascendente: una persona completamente nueva y única, diferente a ambos, pero que llevará los rasgos de sus padres durante su existencia y a su descendencia. La existencia de la nueva persona cambiará para siempre la de quienes lo llamaron a la vida. Nunca dejará de ser su hijo

---

103 Ver cita 88. Cfr. *Cáritas...*, 3.

y, sin hacerlo conscientemente, exigirá que den todavía más de sí: que descubran que están capacitados él para la paternidad y ella para la maternidad. Además, esa nueva persona se convierte en un vínculo, tan objetivo que es de carne y hueso, que no podrá borrar nunca más el lazo que une a esas personas que son sus padres. La donación recíproca trasciende a las personas mismas. Esa nueva persona será para siempre un vivo recordatorio del amor y la donación recíproca entre ellos. Llama la atención nuevamente cómo los intelectuales, incluso los provenientes de los círculos más liberales, se detienen ante la irrupción en la existencia de un hijo. El conocido escritor checo, Milan Kundera, francés por naturalización, dice que: “en el álgebra del amor el hijo es el signo mágico de la suma de dos seres”<sup>104</sup>.

Cabe aquí hacer algunas observaciones. La espera del hijo, fruto del amor, manifiesta ciertas realidades evidentes sobre los modos de ser persona, que fácilmente pueden pasarse por alto. Es ella quien lo lleva en su vientre y es él quien parece encontrarse ajeno a esta nueva existencia de la que él también es causa. Para ella, el tiempo de espera hasta el nacimiento de ese nuevo ser, que es su hijo, ofrece una oportunidad única para comprender y experimentar profundamente el amor de benevolencia. Los cambios físicos, que a su vez producen alteraciones afectivas y psicológicas, a los que ella se ve sometida, parecen preparar a la mujer el camino a una entrega mucho más profunda: el hijo, que sólo pide, exige lo mejor de ella sin saberlo. Una mujer que realmente ama, deseará hacer partícipe al hombre de ese bien, a veces sumamente arduo, que ella está experimentando. Es aquí donde se manifiesta claramente tanto la diferencia como la complementariedad entre el hombre y la mujer. La realidad material –biológica-, de la procreación revela con total transparencia las dos formas de ser persona: varón y mujer. La manera de ser de ella, que tiende naturalmente a integrar y que pareciera ser la causa de su forma de ser más subjetiva, muestra la facilidad natural que tiene de unificar realidades de diversos ámbitos. La forma de ser del varón, que tiende a separar y fragmentar para poder comprender y parece ser la causa una contrastada objetividad, ayuda a la mujer a ver las cosas en su justa dimensión y a

---

104 *La inmortalidad*, Tusquets Editores, México 1989, p.76.

resolver situaciones que en conjunto parecen irresolubles. La procreación permite a la mujer descubrir la capacidad que posee para acoger una nueva vida, tanto como al hombre, aunque de distintas maneras: cada una adecuada a su forma de ser.

Es posible inferir que el acto procreador, esto es, cada relación sexual, ni se puede reducir a un evento puramente biológico o sentimental, pero tampoco a un acto de conocimiento aunque los presupone, sino que exige la integración de toda la potencialidad del hombre, porque de eso depende la existencia humana: al unir a dos personas, da un sentido totalmente nuevo a sus propias existencias. La unión de dos personas en busca del verdadero bien común y el fruto de esta, manifiestan el significado más profundo del acto de donación recíproca, de auténtico amor.

## **2 LA PLENITUD: *COMMUNIO PERSONARUM***

El hombre llega a su plenitud únicamente a través de la comunión plena con otro ser igual pero distinto de sí. Se autodetermina –acaba o perfecciona- a sí mismo y llega a la plenitud dando fruto y esto es posible a través de la maternidad / paternidad. La autodeterminación no concluye en sí mismo porque el hombre está llamado a trascenderse a sí mismo tal y como es su propia realidad: espiritual y corporal. Sólo a través de la comunión del *yo* con el *tú*, abierto a un *nosotros*. En el apartado anterior se decía que la donación recíproca es lo más permanentemente temporal que puede suceder entre dos personas y significa que abarca toda la vida: a partir del acto inicial hasta el fin de la vida de uno de los dos. El fin de la vida es el único factor ajeno a las personas que puede determinar el fin de la donación, lo único que puede acabar con el amor. Al extinguirse la vida el cuerpo se corrompe y con él la posibilidad de la actualización de la autodonación. Y es justamente de lo que ambos son conscientes y se comprometen en el acto inicial o fundante de la donación recíproca, por lo que la donación no puede algo espontáneo, sino que exige el concurso de la voluntad libre.

La unidad de dos hace posible una nueva existencia. Una comunión de personas que, sin estar unidas por la sangre sino por la libertad, abren paso a nuevas personas que llevarán para siempre algo de la sangre de ambos pero que, al mismo tiempo, es

diferente a ellos. Una comunión tan fuerte que fructifica en una nueva existencia. Lo accidental es la sangre, la causa es la relación.

## CONSIDERACIONES FINALES

Como se ha visto el tema de la donación recíproca posee una enorme relevancia en el contexto de la vida humana y, por tanto, debe ser motivo de profundas reflexiones pues el hombre se confunde fácilmente: muchas veces cree amar cuando en realidad sólo desea placer, ignora quién es y por lo tanto cuál es la esencia de su naturaleza. Conocer a fondo las exigencias que conlleva la donación mutua, parece absolutamente necesario -aunque no suficiente- si la persona se plantea en serio la plenitud y el sentido de su vida.

Todos los elementos que conforman el presente trabajo, separados del conjunto, pueden parecer demasiado simples: cuestiones de sentido común. En parte es cierto. Son silogismos que respetan toda regla lógica: la persona es el mayor bien, el amor es desear el bien, la única manera justa de tratar a la persona es con amor. Los problemas comienzan cuando entra en juego la libertad. Esta es quizás, la razón por la que apelar a la experiencia resulta ineludible. Conocer e iluminar la ruta antes de recorrerla, ayuda a evitar sobresaltos o perderse en el camino. Se necesitan el sentido común, la reflexión y la experiencia, pero siempre girando en torno a la verdad sobre lo que es la persona y el amor.

El rigor de apelar continuamente a la verdad de las cosas, permite a Wojtyla construir argumentos sólidos que facilitan la reflexión acerca de las exigencias del amor. Wojtyla logra fundamentar los principios de la donación mutua de tal manera que, aunque el motivo inicial era pastoral, no resultan ajenos a las personas que carecen del don de la fe.

La enorme plasticidad que posee el ser humano que se muestra en su actuar libre, puede llevar a creer al hombre que es un ser absolutamente autónomo. Sin embargo, como los demás seres que no son causa de sí mismos, está sometido a ciertas limitaciones y leyes que lleva inscritas en su interior y que se muestran en su acción, ya sea pasiva o activa. El hombre, cada persona, es el único que puede y debe descubrir por sí misma para qué existe, por qué es libre y qué sentido tiene su propia existencia. La conquista del propio destino y de la libertad, es responsabilidad de cada uno. Ahora

bien, el amor verdadero entraña sus propias reglas, que cada persona debe descubrir. La donación mutua, no puede ser un contrato al gusto, ni una creación cultural o social. Posee una doble exigencia extraída de la verdad del ser personas y del amor.

El hombre no se comprende solamente desde su pasado ni desde la pequeñez del presente, sino está dirigido al amplísimo horizonte del futuro y en él la libertad juega un papel decisivo y el amor se vislumbra con un sabor de eternidad. En lo más profundo de su ser, el hombre desea más el amor que libertad porque la libertad es para el amor<sup>105</sup>. La persona no tiene sentido sin el amor: sin esa capacidad única que tiene para donarse a otra persona igual pero distinta y complementaria. El amor en última instancia es la causa del ser: la existencia humana es debida siempre al amor. Uno de los errores más comunes acerca del matrimonio, que llevan irremediablemente a prejuicios, es separar o relativizar tres conceptos claves: verdad, persona y amor. A lo largo del trabajo se subraya insistentemente en que si real o verdaderamente es amor, entonces tal cosa. Es posible que suene redundante, sin embargo, la insistencia responde precisamente a la necesidad de comprender lo objetivo del amor y sus exigencias intrínsecas.

La verdad sobre la persona y el amor son una triada inseparable. Solo si el amor es verdad, es digno de la persona. Esto es, sólo si los actos se corresponden con el deseo firme de la voluntad de hacer el bien a una persona concreta, entonces la persona está siendo tratada de acuerdo a la verdad de lo que es y la norma personalista adquiere su sentido más pleno: la mutua donación es la máxima expresión de la libertad y la única manera de alcanzar la plenitud.

---

<sup>105</sup> Cfr. *Metafisica della persona*, p. 596.

## BIBLIOGRAFÍA

### 1. Fuentes

- Wojtyla, Karol, *Metafisica della persona. Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, al cuidado de Reale, G. y Styczen, T., Librería Editrice Vaticana, Bompiani, Milán 2005. Ahí mismo *Amore e responsabilità* y *Persona ed atto*.
- , *Amor y responsabilidad*, trad. cast. Segarra, J. A., Razón y Fe, Madrid 1969. [Versión original *Milosc i odpowiedzialnosc*, Znak, Krakow 1962.]
- , *Max Scheler y la ética cristiana*, trad. cast. Haya, G., Ed. Católica, Colección BAC, Madrid 1982. [Versión original *Ocena mozliwosci zbudowania etyc chrzescijanskiej przy zalozeniach systema Maksa Schelera*, TNKUL, Lublín 1959.]
- , *Persona y acción*, trad. cast. Fernández Zulaica, J., Ed. Católica, Colección BAC, Madrid 1982.
- , *El don del amor*, trad. cast. Esquivias, A., y Mora, R., Palabra, Madrid 2000.
- , *El hombre y su destino*, trad. cast. Ferrer, P., Palabra, Madrid 2005.
- , *Mi visión del hombre*, Palabra, Madrid 1997.

### 1. Básica

- Buttiglione, Rocco, *El pensamiento de Karol Wojtyla*, trad. cast. García Norro, J. J., Ed. Encuentro, Madrid 1992. [Título original *Il pensiero di Karol Wojtyla*, Editoriale Jaca Book, Milán 1982.]
- , *El hombre y la familia*, trad. cast. P. de Angillela, X., IMDOSOC, México 1994. [Título original *L'Uomo e la famiglia*, DINO editore, Roma 1991.]
- Guerra López, Rodrigo, *Volver a la persona*, Caparrós Editores, Madrid 2002.
- Reale, Giovanni, *Guía de la metafísica de Aristóteles*, trad. cast. J. M. López de Castro Herder, Barcelona 1999.
- Weigel, George, *Testigo de esperanza*, trad. Antón, P., Jomedes, J. y Heredia, E., Plaza y Janés Editores, Barcelona 1999. [Título original *Witness to Hope. The Biography of Pope John Paul II*, Cliff Street Books, New York 1999.]
- Kant, Inmanuel, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, trad. cast. Mardomingo, J., Ariel, Barcelona 1996 . [Título original *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten*]

### 1. Secundaria

- Aquino, Tomás de, *Suma Teológica*, Ed. Católica, Colección BAC, Madrid 1989.

- Aristóteles, *Metafísica*, trad. cast. García Yebra, V., Gredos, Madrid 1998 (edición trilingüe).
- Benedicto XVI, *Deus caritas est*, Roma, 25 de diciembre de 2005.
- , *Caritas in veritate*, Roma, 29 de junio de 2009.
- Buber, Martin, *El conocimiento del hombre*, trad. cast. Carballada, L., Caparrós Editores, Madrid 2005.
- , *¿Qué es el hombre?*, trad. cast. Ímaz, E., FCE, México 1949, 24ª edic. 2005.
- Burgos, Juan Manuel, *Antropología: una guía para la existencia*, Palabra, Madrid 2003.
- , *El personalismo*, Palabra, Madrid 2000.
- , (coord. de la edición), *La filosofía personalista de Karol Wojtyła*, Palabra, Madrid 2007.
- Castilla de Cortázar, Blanca, *¿Fue creado el varón antes que la mujer?*, Rialp, Madrid 2005.
- Díaz, Carlos, *Treinta nombres propios (Las figuras del personalismo)*, Fundación Emmanuel Mounier, Salamanca 2002.
- Fabro, Cornelio, *La fenomenologia della percezione*, Editrice del Verbo Incarnato, Roma 2006.
- , *Riflessioni sulla libertà*, Editrice del Verbo Incarnato, Roma 2004.
- Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, trad. cast. Urbina, P. A., Plaza y Janés, México 1994.
- , *Don y misterio*, Plaza & Janés, Puebla 1997.
- , *Dives in misericordiae*, Roma, 30 de noviembre de 1980.
- , *Hombre y mujer lo creó*, Ed. Cristiandad, S. A., Madrid 2000. [Título original *Giovanni Paolo II, Uomo e donna lo creò. Catechesi sull'amore umano.*]
- , *Memoria e identidad*, Editorial Planeta, México 2005.
- , *Redemptor hominis*, Roma, 4 de marzo de 1979.
- Kochler, Hans, "The Phenomenology of Karol Wojtyła: On the Problem of the Phenomenological Foundation of Anthropology" *Philosophy and Phenomenological Research*, Vol. 42, No. 3, pp. 326-334. Marzo, 1982.
- Kundera, Milan, *La inmortalidad*, Tusquets Editores, México 1989.
- Lorda, Juan Luis, *Antropología. Del Concilio Vaticano II a Juan Pablo II*, Palabra, Madrid 1996.
- Mounier Emmanuel, trad. cast. Anaya, J., Jus, México 2005. [Título original *Le personalisme.*]
- Platón, *Banquete en Diálogos III*, trad. cast. García Gual, C., Martínez Hernández, M. y Lledó Íñigo, E., Gredos, Madrid 1986.

- Ricoeur, Paul, *Sí mismo como otro*, Siglo XXI Editores, S. A. de C. V., México 2003.
- Salinas, Pedro, *Poemas escogidos*, Espasa Calpe, Colección Austral, sexta edición, Madrid 1978.
- Scheler, Max, *Esencia y formas de la simpatía*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005. Trad. al castell. José Gaos. Revisora y redactora de la nueva edición para Sígueme Vendrell Ferran, I. [Título original *Wesen und formen der sympathie* (1923).]
- Stein, Edith, *La estructura de la persona humana*, Ed. Católica, Colección BAC, Madrid 1998.
- Swiebocki, Teresa y Henryk, *Auschwitz – Residencia de la muerte*, Ed. Bialy Kruk, 4a edición, Cracovia / Oswiecim, Polonia 2007.